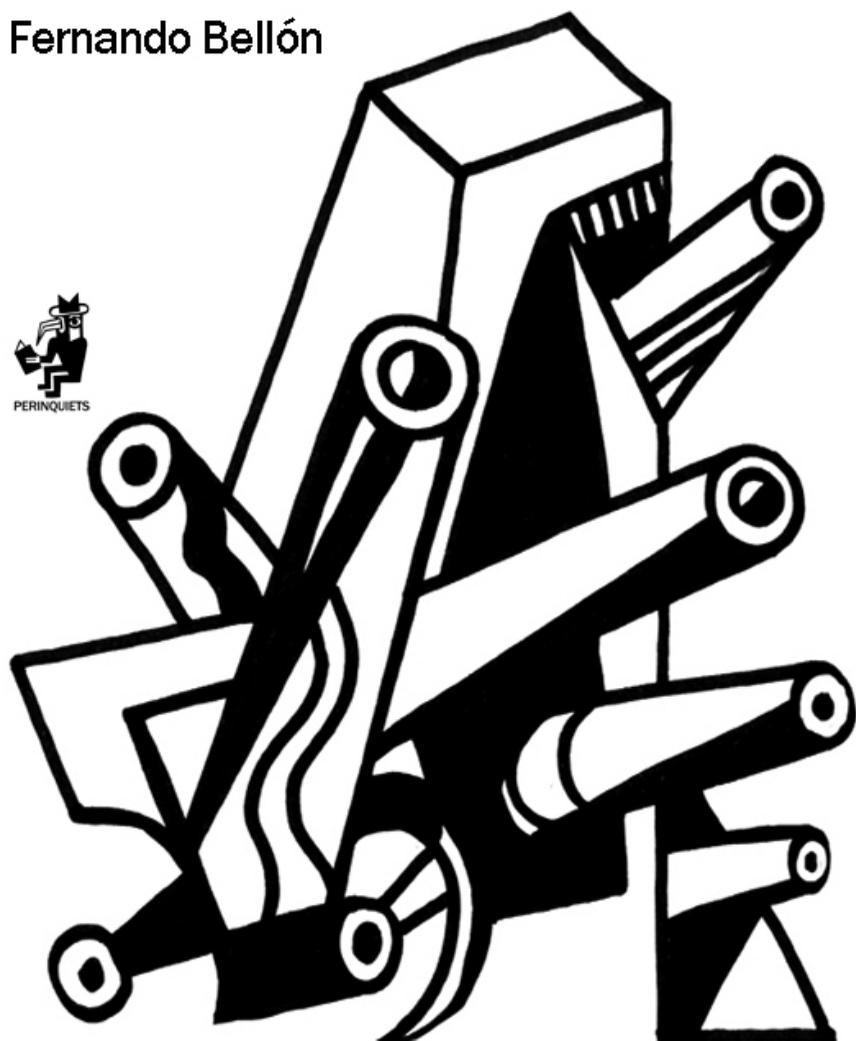


El fascinante mundo de la artillería

Fernando Bellón





© 2018 Fernando Bellón textos

© 2018 José M Sánchez (Txemacantropus) portada y maquetación.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

El Fascinante Mundo de la Artilería

**Episodios sobre la épica cuartelera de los años
setenta en España**

Fernando Bellón

“Desestimando los españoles lo mucho bueno que encierra su patria, sólo dan estima a raterías extranjeras”.

Se disparó la frase del libro que sostenía entre mis manos y abrió un boquete en mi conciencia. Proyectil liberador y no letal, fue a clavarse en un lugar bien hondo de mi memoria.

En cosa de segundos, sensaciones y episodios de mi servicio militar en la estepa castellana desbordaron el pasado e inundaron mi presente.

Tuve que hacer un esfuerzo para no naufragar y situarme donde estaba en realidad, en una librería de viejo de la calle Banys Nous, en el barrio gótico de Barcelona, una tarde de otoño de 1999.

Un cuartel en medio de la estepa

El día de mi traslado por ferrocarril al Regimiento de Artillería de Información y Localización de R., una ciudad de la estepa castellana, llovía a manta, y mi voluntad se desmoronaba como un barrio de chabolas construido en un talud de arena.

Agonizaba 1971. Ante mí se desplegaron los doce meses de 1972, el camino infinito que me quedaba de mili. Aquella inmensa dimensión temporal se extendía por una llanura desolada, envuelta como un regalo en un cielo celofán.

Cruzaba en línea recta el tren el paisaje austero, llevándome a mí preso. Preso de mi aflicción. Preso en un traje de preso del alma, un uniforme demasiado corto y estrecho para mi cuerpo de toro.

Aunque me aproximo a esa etapa de la vida en que uno empieza a menguar, en mi juventud era un tipo fornido. Mis pies, grandes como el resto de mis extremidades, eran lo más ridículo de mi indumentaria. Metidos en dos cepos de cuero negro, destacaban escandalosamente, bien lejos del borde del pantalón caqui, ajustado muy por encima de mis tobillos. Lo mismo ocurría con mis manos, apartadas de los extremos de las mangas, que quedaban más cerca del codo que de las muñecas. Al repartir los uniformes en el campamento, me habían entregado uno de talla inferior y fue imposible cambiarlo, debido a la

obtusa rigidez de la milicia.

Nuestro destino era un ignoto cuartel en medio de la estepa. Porque éramos unos cuantos los cautivos repartidos aleatoriamente en el vagón.

Como no nos habían dado asiento reservado y no les conocía, pude apartarme de ellos. Me mantuve separado, al margen, engañándome con la fantasía de que todavía era un civil. Quería retrasar hasta el último momento la realidad oprimente, reconocer que tenía que renunciar a lo poco que quedaba incólume de mi personalidad, el nombre y el apellido que figuraban en mi partida de nacimiento, antes de volver a ser el Gafas, o el Pelao, apelativos con los que se dirigían a mí oficiales y suboficiales en el Centro de Instrucción de Alcalá de Henares.

¡Eh, Gafas! ¡El fusil tieso en el hombro, coño!

O con apellido.

Pelao de los cojones, desfilas peor que un pato!

Porque además de tener un cuerpo grande, herencia biológica, ya entonces era bastante calvo y usaba gafas. Unas gafas de montura italiana que con cualquier traje civil dignificaban mi cabezota desplumada, pero que con el uniforme y en especial con aquella odiosa gorra, un kepis flácido, me daban una apariencia grotesca. Mis gafas revelaban una personalidad intelectual, de niño rico. Y yo no era ni lo uno ni lo otro. En ese momento era nada más un triste miope alopécico mirando cómo la lluvia empapaba la detestable meseta, un individuo a punto de ahogarse en su propia desolación, envuelto en un sudario color caqui.

En dos meses de ejercicios en un campo de internamiento que llamaban C.I.R. (Centro de Instrucción de Reclutas), nos habían transformado de reclutas (seres prescindibles y sin orden) en soldados (seres prescindibles a las órdenes). Y ahora nos enviaban, a paso de tortuga, en aquel tren llamado rápido por un sarcasmo ferroviario, a servir a la patria como artilleros.

Imaginé que los otros militares del vagón serían como yo, ex-reclutas, incorporaciones.

Lo que me distinguía de ellos era mi procedencia geográfica. En aquellos años, la mayoría de los jóvenes hacían la mili “en casa”, en cuarteles de la ciudad o de la zona en la que estaban censados. Los peninsulares de peor fortuna iban a parar a Ceuta, a Melilla, a las Islas Canarias o a Río de Oro, el territorio sahariano.

La suerte me había evitado las incomodidades y peligros del destierro transcontinental en el Sáhara español se libraba una guerra de guerrillas desde hacía poco. Pero mi destino manchego no era un guiño de la fortuna.

Yo había sido el único dueño de mi suerte hasta caer en las garras del ejército. Yo la conjuraba, vivía de ella. Las circunstancias me habían convertido en un quinielista profesional, negocio del que obtenía suculentos dividendos. Pero alguien se había interferido en aquella senda de lo aleatorio. Mi propio padre.

El vagón que nos llevaba hacia la nada era uno de esos coches sin departamentos, con los asientos de duras tablillas y los maleteros de hierro abiertos como abanicos sobre las cabezas

de los viajeros. Los grupos de soldados parecían islas de color caqui entre los viajeros vestidos de civil. Y entre todos, yo era un náufrago, solo y sin el menor apetito de compañía. Yo suponía que aquellos otros tipos de uniforme serían hijos de agricultores o vecinos de R., ciudad hacia donde se dirigía el convoy.

Efectivamente, la mayoría lo eran, pero no todos.

En un paseo que hice hacia el retrete alcancé a escuchar unos fragmentos de conversación entre unos soldaditos que viajaban en un extremo del coche, y que se distinguían del resto porque tenían menos apariencia de cazurros.

De la boca de uno de ellos había salido la palabra “Althusser”. A mi vuelta, otro estaba diciendo “escasa preparación científica”. Y mientras me alejaba, todavía oí “derecho y deber de estudiar”.

Aunque yo en aquellos días no tenía ni idea de quién podía ser el tal Althusser un filósofo impostor, que estranguló a su mujer y terminó suicidándose , era evidente que los

conversadores no hablaban de fútbol ni de mujeres.

Me derrumbé en mi asiento haciendo cábalas sobre el misterio. Un chico en ropas civiles que viajaba en el banco opuesto, me dirigió una mirada piadosa. Yo la sostuve en contra de mi costumbre huraña y de mis principios aislacionistas. Estaba angustiado y aquel joven me brindaba la oportunidad de descargarme un poco de la angustia del viaje a lo desconocido. Le envidiaba, era un civil, posiblemente con el servicio militar ya cumplido, porque parecía tener veinticinco o veintiséis años. Le sonreí.

¿Vas al regimiento? me preguntó con una amabilidad conmovedora.

Asentí, sin emitir palabra.

¿Con los otros?

Supongo.

Me era muy difícil ser simpático. Estaba preso en el Infierno del Pesimismo Total.

¿Te incorporas hoy?

Sí. Me quedan doce meses de mili.

La confesión sirvió por fin de válvula de escape a la angustia y me trasladó de un salto al Purgatorio del Pesimismo Relativo.

¿Tú eres de Madrid, no?

De toda la vida — sonreí con esfuerzo.

Me extraña que no vayas con ellos — y dio un tirón con la cabeza hacia detrás, señalando con la nuca el fondo del vagón, donde viajaban los conversadores.

No les conozco.

Probablemente ellos no se conocieran tampoco hasta hace un rato.

¿Todos los que viajan en el vagón son de Madrid?

Me refería yo a los jóvenes de uniforme. Aquel tipo parecía saber mucho de mili.

¡Qué va! Probablemente sólo tú y aquellos tres. Los demás son de por aquí. Me suenan casi todos — Señaló hacia fuera, ya oscuro. Supuse que debíamos estar llegando — . Yo soy Honorio.

Me tendió la mano.

Le di mi nombre.

Soy cabo primero en el regimiento me dijo.

Pues no lo parece.

Tampoco tú pareces un recluta.

Tengo veintiséis años informé desde el fondo del Purgatorio.

Qué putada. Yo, veintitrés. Bueno..., bienvenido al fascinante mundo de la artillería.

El fascinante mundo de la artillería era una putada, obsequio de mi padre.

Leyes estadísticas

Había conseguido evadir mis obligaciones militares, primero gracias a la carrera universitaria, y luego a que me había casado y tenido un hijo. Finalmente, mis privilegios se volvieron en mi contra.

Mi padre, un próspero contratista de la construcción y las obras públicas, bien relacionado en los aledaños del poder fáctico, me castigó. Se me cayó encima la patria potestad, literalmente. Yo le llevaba desafiando

desde los dieciséis años, cuando me marché de casa. Las grescas diarias entre ambos habían afectado el propio equilibrio emocional de mi madre. Él esperaba la ocasión de vengarse. Sabía hacerlo. Estoy convencido de que toda su riqueza la había amasado en actos de venganza. Lo que más le irritó es que yo, a los veinte años, me casara sin su bendición, sin su permiso, con una mujer mayor que yo y que encima había sido su secretaria. Le sacó de sus casillas. Así que realizó unas sutiles maniobras entre los cargos militares con nómina en el gremio de las obras públicas, y consiguió que me alistaran y me desterraran a un regimiento alejado de Madrid. Supongo que aún debo estarle agradecido porque no me enviaran a África.

Mantener la independencia económica desde los dieciséis años es una escuela de maduración. Yo creo que maduré sin mayores daños. Nunca ha sido mi naturaleza dada a la aventura ni al exceso. Busqué formas de vida decentes. La prosperidad económica de los años sesenta y, por qué negarlo, la buena voluntad de conocidos de mi familia avisados por mi madre, me permitieron trabajar en oficios menores y

estudiar la carrera de Derecho. Pero nadie me regaló nada más que el favor de emplearme.

Inmediatamente antes de ser capturado por el ejército, estaba aprendiendo a circular por las pistas sinuosas de la justicia como pasante en un despacho de abogados. El pasante equivale al aprendiz, y es cínica creencia que sobrevive del aire. Por tanto, me había ingeniado una forma de vida, las Apuestas Mutuas Deportivo Benéficas, las quinielas.

No pertenecía a ningún club del ramo, iba por libre. Apostaba cada semana una cantidad disparatada para la fecha, dos mil y pico pesetas, pero siempre obtenía beneficio sólido y en metálico.

El secreto era el cálculo. Me refiero al de probabilidades, a las leyes estadísticas basadas en un riguroso estudio de los resultados previos. Aunque yo era de Letras, las Matemáticas fueron un juego para mí, un desahogo.

Había adquirido un hábito eficaz para tratar estos materiales farragosos, y al entrar en el Centro de Instrucción de Reclutas, el C.I.R., me di cuenta de que la mili no era un estorbo

insalvable. Lo singular de este método de obtener un sueldo, es que nada, ni el ejército ni ninguna otra limitación, se interfería en él. De hecho, la vida cuartelera produce un adormecimiento de los sentidos, un adocenamiento psicológico, que favorece la aritmética, la computación automática.

Condición plebeya

El estado de mi ánimo había quedado mermado por una violenta dentellada, hacía pocas horas, en el preciso momento en que subí al tren resignado a ser un juguete de la suerte. No quise que mi mujer y mi hijo me despidieran en la estación de Atocha. Había hecho en taxi el recorrido desde mi casa. Iba de uniforme y cargado de un molesto petate, pero todavía me sentía un ciudadano más, aunque no lo fuera.

En el C.I.R. de Alcalá de Henares, los primeros y mayores esfuerzos del aparato militar se habían centrado en meternos en la cabeza a todos y cada uno de los reclutas que no éramos más que reclutas, seres inferiores, infrahumanos sin personalidad; “los cojones, los dejáis a la puerta del campamento”, era más o menos la

idea fuerza de aquellos tipejos con galones.

Durante el fugaz permiso de Navidad había vuelto a convertirme en ser humano. Fue algo automático, como ocurría los fines de semana en que nos soltaban como a sumiso rebaño que, nada más disgregarse a la entrada del acuartelamiento, por un conjuro mágico, adquiere forma de individuos con alma propia.

Ahora, el viaje era más largo y para más tiempo, un año entero. El destino era un cuartel misterioso donde se guardaban bombas y cañones, según constaba en las insignias cosidas en las hombreras y las solapas de nuestro uniforme de paseo, el del fascinante cuerpo de Artillería.

Cuando el taxi enfiló la cuesta que se adentra en el foso de Atocha noté el primer mordisco de la desolación. El que subió al vagón no era yo, sino un resto de mí mismo.

En semejante estado, el camino del destierro fue erosionando mi amor propio, hasta el extremo de que aquel chico vestido de civil que decía ser un cabo primero en el cuartel de artillería y que tenía tres años menos que yo, me

hacía sentir un adolescente inseguro.

No obstante, no había en él la altanería de los veteranos. Pensé que quizá la deferencia que mostraba hacia mí se debía al hecho de que yo era de Madrid, pero sobre todo a que yo no era un vulgar recluta, a que mis últimas y exiguas energías las empleaba en no parecerlo.

Ser un recluta es lo peor, lo más bajo que puede sucederle a un hombre en edad militar. Tiene que pasar por ello. Su liberación consiste en machacar a los nuevos reclutas una vez que él ha pasado a otra categoría, la del veterano, inferior, no obstante, a la del abuelo, que está próximo a obtener la licencia del ejército.

Este sistema es como un armazón de hierro intercomunicado por unas estrechas poternas a través de las cuales se accede de un compartimento al siguiente. Es algo inevitable, monstruoso pero sólido, tanto como la obediencia debida al mando. Son las normas militares, es el destino castrense. Por tanto, uno termina acomodándose a él y hasta llega a sentirse cómodo. No sé si esto tendrá que ver con el síndrome de Estocolmo, siendo los

soldaditos las víctimas, y los mandos veteranos, los secuestradores.

Sin embargo, lo peor para mí en aquel tiempo, fue la humillación de mi amor propio. Se me hacía casi insoportable tener que estar en una compañía que yo no deseaba, sentirme tratado con el mismo rasero que mozos palurdos, ignorantes, insolentes, agricultores y proletarios. En una palabra, no soportaba formar parte de la plebe. Yo, que me había opuesto a la ineluctable voluntad de mi padre, a la que se plegaban todos sus empleados como robots, que había escogido el riesgo de la independencia a los 16 años, que había nadado y sobrevivido en un océano donde muchos naufragan, había sido reducido a la condición de plebeyo.

Infierno helado

Eso es lo que yo sentí justo a la hora de la cena, oyendo sonar el cornetín para la fajina, al atravesar el portalón del cuartel de Artillería y formar en un patio interior junto al resto de los soldaditos que venían en el tren. Allí nos quedamos, soportando la lluvia ahora débil,

tiritando de frío, con los monstruosos petates derrumbados en el suelo a nuestro lado izquierdo

Por las inmediaciones se deslizaban individuos del peor aspecto hacia el comedor, enarbolando unos cubiertos en la mano y haciéndose bromas obscenas. Nos miraban provocadoramente y hacían comentarios ambiguos. Para mi sorpresa, no eran en exceso insultantes.

El patio era amplio y estaba empedrado con cantos de río. En medio había una fuentecilla y, encarando el zaguán de entrada, una tosca construcción que albergaba los calabozos. A los cuatro lados, sobre unos arcos que formaban una suerte de claustro, se levantaban edificios revocados llenos de ventanas.

Unos suboficiales impregnados de una costra de rutina militar, evocación de legionarios de película de romanos, leían en voz alta nuestros nombres y nos ponían en manos de cabos que nos conducían a las baterías, unas gélidas naves situadas en el primer piso, donde

solían dormir los soldados que no tenían rebaje nocturno, es decir, los que pasaban toda la mili en el cuartel, exceptuando los permisos.

Meses después, en la primavera, recordaría yo aquel mal trago de mi llegada al cuartel con un profundo desconcierto. La angustia, la pesadumbre se hicieron callo a medida que de recluta pasé a ser un poco veterano. Me costaba aceptar que el escenario de aquel patio insípido hubiera sido para mí la puerta del verdadero Infierno.

No todo resultó malo en el ejército, ni el ejército era tan malo como parecía aquella noche de finales de 1971, cuyo invierno había sido tan frío que las cañerías de media España reventaron al congelarse el agua.

Al cabo primero Honorio, que dormía en la ciudad con unos familiares, le vi al día siguiente. Me seguía tratando con simpatía. La experiencia del campamento de instrucción y los consejos de todos esos adultos más o menos conocidos que se enteran de que estás haciendo la mili me habían hecho desconfiado. Sin embargo, aquel Honorio parecía un tipo noble.

¿Has conocido ya a tus compañeros de Madrid? me preguntó en un descanso de la instrucción teórica, mi primera mañana en el regimiento estepario.

No. La verdad.

Enseguida cambió de tema. ¡Qué manía tenía este chico con los madrileños!

Me explicó que él vivía en Badalona, pero que había nacido en R. Su familia emigró a Cataluña en 1955, y él se había criado allí.

Soy medio catalán.

¿Y hablas catalán?

Déu ni do dijo con orgullo . Soy culé.

No te puedo dar la enhorabuena, porque el Barça no está en su mejor Liga. De hecho iba el octavo en enero de 1972.

¿Tú serás del Madrid, no? pronunciaba *Madrit*.

¿Yo? ¡Qué va! De fútbol no tengo ni zorra idea. Pero de resultados, soy un experto.

Como vi que me miraba extrañado, aclaré , juego a las quinielas.

Durante unos días creí que la fijación de Honorio con Madrid se debía a la pasión catalana de un charnego que se entrega en cuerpo y alma a la nueva lealtad para situarse a la altura de los aborígenes.

El segundo día de mi nueva vida cuartelera amaneció raso, con un frío que cortaba el cutis. Nos pusieron a hacer instrucción como si estuviera a punto de declararse una guerra. Al menos, entramos en calor. Es posible que lo hicieran por eso, para que entráramos en calor. ¿Qué otro sentido tiene que tengan durante horas a decenas de seres humanos pateando un campo de tierra de aquí para allá? Resuenan los rebuznos en mi memoria: “¡Atenta la formación! ¡Media vuelta, ar! ¡Izquierda, ar! ¡Saludo! ¡Ya os habéis olvidado de saludar? No se os puede dejar ir a casita con papá y mamá. ¡Esa mano, en la sien, coño,! ¡Los “cetmes”, los “cetmes”, que no son escobas, gilipollas, son armas, aaarmas para defenderse y atacar al enemigo!”

¿Qué enemigo?

La Nochevieja de los Conjurados

El tercer día era Nochevieja. Fue tranquilo. Y los pocos que quedamos en el cuartel, tuvimos fiesta. Recuerdo que el toque de silencio fue a la una de la madrugada para que pudiéramos tomar las uvas. Del menú no tengo idea precisa, salvo que hubo más carne que tocino y que nos sirvieron entremeses y dulces de Navidad, todo un lujo.

Oí decir a un abuelo esa noche mientras se echaba al colete un poco de cava barato:

Esto no parece la mili, macho. Hasta el champán me sabe bien. Es que se me ha estropeado el gusto. Ahora, cuando paso unos días en el pueblo, le pido a mi madre que me abra una lata de sardinas. Las morcillas, el jamón, los buenos guisos me saben a raro. Echo en falta las sardinas en lata.

El tipo hacía referencia a las meriendas en la cantina, donde sólo vendían tabletas de chocolate, latas de sardinas y pan. Los meses de mili tenían también un triste efecto nutritivo. La vida castrense de la clase de tropa lo vuelve todo romo, incluidos los gustos. Fue en esa

extravagante fiesta de Nochevieja donde conocí a los madrileños. Y también a un vasco.

No tardé en comprender que aquellos tipos eran unos desgraciados como yo. Me inventé un nombre para ellos. Nunca lo hice público, era mi manera privada de designarlos: los conjurados. De una conjuración sin nombre, pero en la que participaban en silencio cientos de españoles, quizá miles; sin tener algunos plena conciencia del complot.

Aquellos chicos de Madrid eran estudiantes con ficha policial y antecedentes penales en el Tribunal de Orden Público, el T.O.P.. Se trataba, a los ojos de los militares, de elementos subversivos.

Mi relación con la vida política era inexistente, ni con la oficial ni con la clandestina. Y las sensaciones que me producían ambas eran, la primera, indiferencia, la segunda, perplejidad y desconfianza. No me entraba en la cabeza que seres cuya vida no era desesperada ni su trabajo humillante pusieran en riesgo su libertad por enfrentarse a algo tan vago, pero sobre todo tan poderoso llamado

“Régimen”. El “Régimen”. Según el diccionario, “régimen” es el sistema político por el que se rige una nación. Esto quiere decir que existen muchos regímenes. Pero en España sólo había uno, con mayúscula, y blanco de las iras de todo el mundo, incluidos los que se beneficiaban de él. Casi toda la gente estaba harta del “Régimen”. Yo también, porque ese “Régimen”, me había arrancado de mi vida, me había apartado del futuro y me había incrustado en un presente absoluto, eterno.

Pero jamás se me habría ocurrido organizarme o apuntarme en ningún partido político para derribarlo. Entre otras razones por éstas: ¿qué podía suceder una vez reducido a cenizas el “Régimen”? ¿Qué otro régimen le sustituiría? ¿Qué podía yo ganar de bueno en ese otro régimen?

Quiero decir que yo me tenía por una persona práctica y mi contacto con aquellos conjurados añadió argumentos a mi convicción.

Los conjurados eran Miguel, estudiante de Derecho, Vicente, estudiante de Biología, y Antonio, estudiante de Filosofía y Letras.

Los dos primeros eran hijos de papá, señoritos como yo, mientras Antonio, el tercero, se veía que era de clase media emergente.

Miguel y Vicente se deslizaban con comodidad por la engrasada rampa de lanzamiento de su clase, destinados a ocupar puestos de dominación y vigilancia, fuera el que fuera el paisaje en que su sino les llevara a aterrizar. Eran tipos bien formados, bien educados, pedantes, y en el fondo de buena naturaleza.

El cuarto era Kepa, el vasco, y no era conjurado.

Naturalmente, me adelanto en el tiempo. Aquella Nochevieja yo sólo intuí que había tres conjurados, y uno que no lo era. ¿Por qué? Me siento incapaz de dar detalles claros. Casi treinta años después, las sutilezas de la identidad política se han diluido. Pero entonces eran nítidas, contundentes. De hecho, si Miguel, Vicente y Antonio jamás dijeron que eran comunistas, de diferentes organizaciones, incluso organizaciones que se acusaban mutuamente de las peores traiciones a la clase

que confesaban defender, tampoco nunca lo ocultaron.

Ahora mismo se me viene a la cabeza una prueba. Fue una discusión que mantuvieron la misma Noche Vieja. Yo estaba a su lado, cerca ya del círculo de la amistad, pero aún tangente.

¿Habéis visto “Perros de Paja”?

La pregunta la dejó Vicente encima de aquella mesa salpicada de frutas escarchadas y de los peores polvorones y mazapanes que se encontraban en el mercado. Al hablar me miró a mí, quizá invitándome a unirme a la discusión. Ya les había explicado quién era yo y por qué estaba allí, y ellos habían hecho lo propio, de un modo vago y cauteloso.

Antonio había visto la película. Miguel, no. Yo, tampoco.

Yo he leído un artículo en “Sábado Gráfico” dijo Miguel . Bueno, es muy discutible. El artículo, quiero decir.

Guardó silencio. Como los otros conjurados permanecieron mudos, siguió hablando.

Justifica la acción directa, el anarquismo, la acción individual por razones personales. Dice que es la forma de ser del hombre de hoy.

Es “Sábado Gráfico”, qué va a decir intervino Antonio.

Yo no entendí muy bien el secreto de su deducción. Pero sus compañeros, sí.

Bueno, pero también en la prensa legal se escriben buenos artículos, defendió Miguel.

Así que había una prensa legal que publicaba buenas informaciones, otra prensa legal desdeñable y, además, una prensa ilegal, pensé. Pero no le di importancia. Yo no leía ni la una ni la otra, salvo algunos domingos lluviosos.

El artículo decía que el clima de la vida moderna produce agresividad y la consagra como un valor continuó Miguel . He oído que la película es violenta, pero no sé si defiende la violencia.

Yo creo que sí dijo Antonio.

Yo creo que no sentenció Vicente.

¿Qué tipo de violencia? indagó Miguel de nuevo.

Yo creo que defiende la violencia individual, la rebeldía individual. Al tío le humillan, le provocan y reacciona como un héroe informó Antonio.

¿Y cómo va reaccionar si le acorralan? replicó Vicente.

Pero no es el hecho de reaccionar. Es el planteamiento. Un grupo de salvajes atacando a una pareja. ¿Eso es un hecho real? En el mundo hay otras situaciones violentas, hay mucha violencia de clase, explotación, agresiones del imperialismo yanqui. Pueden hacerse otro tipo de películas, y no se hacen.

Pero, puede que la película sea una metáfora. Puede estar hablando de todo eso atajó Miguel.

Yo no creo que la película sea una metáfora de nada revolucionario dijo Vicente . Es una historia y está muy bien contada. Y en el mundo hay violencia personal,

violencia de clase, violencia en las fábricas y violencia en otras partes.

Al pronunciar las últimas palabras, que subrayó con un tonillo irónico, movió la cabeza en semicírculo. En el desangelado comedor del Regimiento de Artillería de la ciudad de R. la atmósfera era en verdad pacífica: un grupo de soldados con síntomas de ligera intoxicación etílica. Algunos cantaban estupideces como eso de “la cabra, la cabra, la puta de la cabra, etc.”, otros se tiraban trozos de pan, otros conversaban tranquilamente, algunos estaban ya borrachos como cubas. Pero en conjunto la seguridad estaba garantizada, ninguna amenaza se percibía. Vicente se refería a una violencia muy bien disfrazada de ley y orden que nos mantenía allí, y no de juerga por la calle o en un *réveillon* de verdad, o en nuestras casas. Era la violencia del “Régimen”. Existía “esa” violencia.

¿Y a ti qué te parece? me disparó inesperadamente Miguel.

No he visto la película.

Ya. Me refiero a esto de la violencia y de la agresividad individual y colectiva.

Sabía quiénes eran aquellos reclutas. Me había hecho cargo de lo que sugerían las someras biografías que me habían contado. Pero en aquella época de frenética actividad del Tribunal de Orden Público, de huelgas violentamente reprimidas, de estados de excepción continuados, evidenciar determinadas opiniones ante desconocidos era algo arriesgado. Durante más de treinta años había sido así. Me dejé llevar por la costumbre y la cautela.

Pues que si puedes defenderte, lo haces. Pero si no, te tienes que aguantar, ¿no?

Me preguntaba yo si estos conjurados serían capaces de responder a la violencia con la violencia. Preparados, no parecían. También me intrigaba Kepa, el vasco, que había permanecido prácticamente mudo durante toda la cena, aunque con buen semblante.

Enseguida dieron las doce, y nos saludamos mutuamente con un patético “Feliz Año Nuevo”. ¿Qué felicidad puede haber en el corazón de unos seres humanos sin otra identidad que la manifestada por su forzado uniforme?

Rompecabezas de cristal

El otro extraviado en aquel regimiento era Kepa, el vasco. Gracias a él supe que Kepa equivale a Pedro en euskera. Es curioso que fuera en el ejército, en medio de la estepa castellana, donde yo empecé a conocer los llamados problema vasco y problema catalán.

Al parecer, el caso de Kepa no coincidía con el de los madrileños. Él no era un conjurado. Simplemente, le había tocado en suerte aquel cuartel. Pero no se trataba de ningún sorteo. Las suspicacias hacia los ciudadanos sometidos a la propaganda separatista y por tanto, separatistas en potencia, había creado un mecanismo preventivo drástico. Durante su servicio militar había que distanciarlos de los cuarteles instalados en sus tierras, porque dotados de un fusil constituían un riesgo para el “Régimen”. De eso estaba convencido el “Régimen”.

Ningún vasco, ningún catalán, en especial los que revelaban su origen en el apellido, estaba libre de sospecha. Los expedientes de traslado no argumentaban por qué, era una

razón implícita, pero irrefutable.

Gracias a que Kepa era sólo sospechoso, pero que carecía de ficha policial o del ministerio de Justicia, accedió al puesto de furriel, el encargado de la administración de la batería.

Kepa era estudiante, como los conjurados, creo que aparejador. Como yo, era un tipo autosuficiente, no parecía necesitar la compañía tanto como los otros. Pero era más sociable. Nunca nadie le oyó comentarios políticos o sociológicos al estilo de la polémica sobre “Perros de Paja”. Nunca se quejaba. Trabajaba y disfrutaba de su asueto con la regularidad de un mecanismo industrial. Su único rasgo sentimental era hablar de su patria chica. Le parecía lo mejor del mundo, y eso que tenía dónde comparar porque había viajado. Cuando canturreaba zorricos y otras canciones vascas le entraba una especie de exaltación. Era un consumado aurescu o danzarín delantero, habilidad que no le costaba nada demostrar, arrancándose a cabriolas y zapatetas en cuanto alguien le daba la ocasión.

A mí también se me encontró destino, el bar de oficiales. Durante la selección de los nuevos reclutas, se me preguntó el oficio o profesión que mejor dominaba. Me había enterado de que necesitaban un camarero, y yo tenía sólida experiencia, porque había sido mi medio de vida en diferentes ocasiones. Cuando expliqué que había trabajado en un club de campo de Madrid (era verdad, lo había hecho, gracias a la intervención de mi madre), me colocaron en el bar de oficiales sin dudarle.

A los conjurados no les destinaron a ningún sitio. Los tipos peligrosos no tenían destino, estaban condenados a ser hormiguitas sin distinciones ni obligaciones que no fueran las de cualquier clase de tropa, servicios y plena disposición al mando.

El capitán de mi batería era un chusquero de unos cincuenta años al que los soldados llamaban “Huevazos”. Un chusquero era un oficial que no había estudiado en una Academia militar, sino que había ascendido desde suboficial. Ahora, me parece que ya no hay chusqueros en el ejército. No cabe duda de que “Huevazos” merecía su apelativo, porque era

tripudo y arrastraba su indolencia por el cuartel con las manos siempre en los bolsillos de los pantalones. Creo que me dirigió la palabra tres veces a largo de mi servicio militar. Pero el que hacía la selección de los destinos era un tal capitán Cerón, a quien auxiliaba el brigada Floro.

Cerón era joven, de poco más de treinta años, solía llevar el uniforme muy bien planchado y se movía como un gallito.

Un día, Honorio me hizo una pregunta extraña.

¿Has hablado con Cerón?

No. Después de la selección, me he limitado a servirle en el bar de oficiales.

Entonces, ¿no te ha preguntado nada?

No. ¿Por qué?

Pensaba que quería proponerte para el S.I.M.

El S.I.M. era el Servicio de Inteligencia Militar. La seguridad interna del ejército estaba en sus manos, o al menos es lo que alegaban sus agentes. No llegué a conocerlo por dentro, y

sólo tengo ideas supuestas de él. Pero lo imagino como un piso de cristal dividido en infinidad de fracciones de diferentes colores que se iluminan por debajo. Caprichosamente se encienden las piezas que componen el suelo. Hay fogonazos aquí y allá, caminitos de luz, secuencias de resplandores. Por encima no hay ningún foco, ninguna iluminación, sólo un vacío oscuro por el que transitan miles y miles de soldados de todas las graduaciones. Las luces azarosas iluminan sus pies calzados de botazas o de zapatos. Eso es todo, ninguna cara, ninguna escena vista desde un ángulo más general, sólo una perspectiva desde el subsuelo.

Quiero decir que a mí el S.I.M., como otras instituciones del ejército español de 1972, me parecían fantasmagorías sin eficacia. No servía para detectar a los comunistas, porque a la mayoría los tenían fichados y los que se les habían escapado, procuraban pasar inadvertidos. Tampoco era útil como detergente de los trapos sucios internos, porque a la inercia del corporativismo no podía oponerse ninguna fuerza. Pero el S.I.M existía, era un rompecabezas de cristal con iluminación

subterránea.

De hecho, Honorio era miembro del S.I.M., aunque jamás lo reveló.

¿Y por qué crees que Cerón quiere hacerme del S.I.M.? le pregunté al cabo primero.

Porque eres estudiante y de Madrid, y no tienes ficha, pero te relacionas con ellos.

¿Tú crees que pueden hacer algo contra el ejército?

No lo sé, y me la trae floja. Pero Cerón está preocupado con ellos. Es la primera vez que le envían reclutas con antecedentes políticos.

Raterías extranjeras

Hasta pasados unos días no caí yo en la cuenta de esta familiaridad de Honorio con los antecedentes de los conjurados.

Había una tasca en la calle que conducía del cuartel al centro de la ciudad, donde solíamos parar algunos soldaditos al salir de paseo. Una tarde, al entrar a calentarme, me topé con los tres conjurados y Honorio

conversando amistosamente.

Así que “desestimando los españoles lo mucho bueno que encierra su patria, sólo dan estima a raterías extranjeras” decía con aire interrogativo Miguel . ¿Y de dónde habrá sacado Chicharro semejante idea? Bueno, no es la idea, es la forma de expresarla.

¿Verdad que sí? dijo Antonio .
Desde luego, no es suya.

Se la habrá oído a alguien intervino Vicente.

Pero, ¿a quién? Preguntó Honorio con evidente retintín.

El grupo comentaba con desenfado unas palabras que había pronunciado Chicharro la noche anterior en el cuerpo de guardia. Yo había sido testigo de ellas, igual que Antonio, los dos de servicio aquel día. Lo cierto es que había algo excéntrico en aquella afirmación, por la boca de la que salía. Chicharro era un analfabeto funcional que a duras penas leía las crónicas del diario “Marca” relativas al Barcelona, del que era hinchista.

Se disponía el bruto Chicharro a salir con una patrulla de soldados a recorrer por fuera la tapia del cuartel, un servicio que, si no recuerdo mal, llamaban refuerzo. Hacía un frío antártico, y el grupo de jóvenes con la misión de vigilar la impermeabilidad del recinto militar, hinchados exageradamente los torsos con camisetas y jubones de lana debajo de la ropa de faena, nos hacíamos los longuis, arrimados a una cepa que ardía en la chimenea.

El sofocante olor a tabaco, a sopa de fideos, a alubias y garbanzos, a ventosidades y a sudor, ese perfume castrense de la mezquindad, quedaba anulado aquella noche por la fuerte emanación de unas morcillas asándose junto a un puñado de patatas enterradas en las brasas. El succulento refrigerio no tardaría en servir de pasto al locuaz cuerpo de guardia. A las patatas se las aderezaba con sal, previamente abiertas en dos, y la colación se acompañaba de caldo de la tierra, un vino vulgar y duro como el clima de la meseta. Era un privilegio de quienes cada día se ocupaban de la seguridad, por nadie amenazada, de los desgraciados que dormíamos en las baterías de aquel regimiento de Artillería.

En este escenario, había largado Chicharro la frasecita, un verdadero estampido patriótico, a juicio de los conjurados.

Está tan bien dicha que no puede ser de la cosecha de Chicharro — insistía Antonio.

En el fondo, es una manifestación facha sugirió Honorio.

¿Tú crees que ese tipo es un facha? preguntó Vicente.

No sé — dijo Miguel . Pero lo que hay detrás de la frase, sí.

La palabra clave era “patria”. “Patria” pronunciada por un militar era indicio de fascismo. Pero la palabra desconcertante de la frase de Chicharro era “raterías”. Sonaba a culta en su boca. ¿De dónde la habría tomado?

“Raterías” era un término refinado, especulaban los conjurados. El odioso brigada Benítez habría dicho “gilipolleces”; el riguroso brigada Floro, “falacias”, término que acababa de descubrir; el necio capitán Cerón... ¡Ése! El capitán Cerón tenía que ser el inventor de la frasecita. El capitán Cerón, en su cursillo

privado a los agentes del S.I.M.

La conclusión había sido cuidadosamente preparada por Honorio, sin que su artera intervención se hubiera casi advertido. Me quedé mirándole con perplejidad, pues me había unido al grupo, y él me sonrió de un modo que yo interpreté cómplice.

¿Cómplice de qué?, me dije. ¿Estaba jugando Honorio a algo con los conjurados? ¿Intentaba ganarse su confianza para obtener de ellos revelaciones? ¿Tenía yo algún papel en aquella representación? Obviamente, no, porque había entrado en la tasca por casualidad.

El azar era mi obsesión, porque era mi forma de vida. A veces creía yo ver un significado en el azar, aunque enseguida alejaba de mi cabeza este presentimiento.

El escenario era la tasca “España”, en la calle Nueva, un local amplio y de techos altos, pero pintado todo de oscuro y oprimiente como un cuchitril, con sillas barnizadas de negro y sucios asientos de paja, mesas de hierro forjado, la mayoría con el mármol partido o incompleto y una descolorida colección de carteles taurinos.

Se mascaba en “España” la atmósfera churretosa, castiza y rancia de la Guerra Civil, según la describen las memorias de la época. Su dueño era un hombre de filiación neutra, hecha la observación desde el punto de vista maniqueo de los conjurados. Parecía más un viejo republicano inerte, que un oportunista de la paz de Franco. Perder las tardes en “España” era meterse por descuido en el escenario de un teatro anacrónico donde se representa un drama sin sorpresas. La obra, de tanto repetirse, sin energía, sin otro propósito que el de sucederse a sí misma de acuerdo con una rutina indiscutible, había ido perdiendo consistencia, e incluso los actores se habían disuelto en el aire, se habían incorporado al rancio decorado después de treinta y tres años de representaciones ininterrumpidas. Era curioso, la Guerra Civil española, su clima, su eco, se percibían más en el bar “España”, donde el tiempo se había remansado por comodidad o por gusto, que en propio cuartel, donde el tiempo era forzado a detenerse.

El patrón se llamaba Elías, y era un simpático vejete que escanciaba a precios de

saldo mezclas explosivas dignas de un recio artillero. Los conjurados le consideraban un camarada pasivo, un cómplice, un paradigma del pueblo que constituía el objeto de sus desvelos. La fe de los camaradas en su causa y en la integridad popular era tan ciega que ni siquiera se habían cuestionado la inocencia del viejo Elías que, a sus espaldas y con escasa eficacia, según pude saber más tarde, informaba sobre ellos al capitán Cerón.

La inexplicablemente culta descarga patriótica de Chicharro no podía ser sino un eco de las ideas con las que el capitán Cerón alimentaba la ignorancia de sus agentes, sostenía aquella inocente vanguardia del proletariado.

Expulsado del paraíso

¿Por qué frecuentaba yo “España”? El antro casaba bien con la misión o el aire conspiratorio de los conjurados, pero no conmigo. Había una razón: no me quedaban otras opciones.

Para dar pábulo a mis cábalas quinielísticas no necesitaba yo un espacio y una

atmósfera especiales. Con una mesa para mis papeles y mis tablas de resultados, una silla para mis posaderas, luz y calor suficientes, me bastaba.

No obstante, mi naturaleza y mis hábitos me inclinaban a ambientes menos castizos y más confortables. Los busqué en aquella ciudad de R.

Es curioso, en mi memoria hay un vacío, una nada, un lago de neuronas inactivas en todo lo referido al paisaje urbano de R. Hace cosa de diez años volví a pasar por aquella ciudad. No reconocí en absoluto su relieve, ni las casas, ni las calles, ni los árboles. Ni siquiera fui capaz de encontrar el bar “España”. Es cierto que la ciudad ha cambiado, pero no tanto como para que ningún resorte de mi memoria se disparara. Pasé delante del cuartel, que estaba cerrado, y me pareció extraño, ajeno, como si mi servicio militar hubiera sido un sueño, una historia escuchada.

En 1972, R. no tenía ni 50.000 almas, una mancha en medio de la estepa. Una mancha discordante, con algunos edificios modernos,

calles asfaltadas y aceras enlosadas, sólo las más céntricas. La mayoría de los pueblos castellanos han sido, hasta mediados los setenta, casi idénticos a como debieron serlo uno o dos siglos atrás, destartalados, polvorientos, hostiles al forastero y a lo forastero, que podía ser un peligro desconocido.

La pródiga década de los sesenta los vació. Una fuga demográfica hacia el trabajo y la tripa llena. Muchos edificios, señoriales unos, casonas, palacios, alquerías, y humildes viviendas otros, de campesinos antaño siervos de la gleba, estaban cerrados y abandonados. La vida en los pueblos parecía congelada, aunque en realidad se había marchado a otras partes, a Barcelona, a Madrid, a Valencia, a Bilbao.

Muy pocos de aquellos emigrantes habían ido a parar a R. Por lo demás, su población se componía de propietarios de tierra locales, funcionarios de las Administraciones e industriales de poca monta. Supongo que lo más lozano, lo más ambicioso, lo más inquieto del pueblo y de la burguesía se había ido lejos de la estepa en busca de mejor fortuna. Lo que quedaba allí era lo inerte, lo impersonal, lo

acomodaticio.

Entre la clase alta local, por llamarla de algún modo, la inercia y la pérdida de identidad habían dado un producto despreciable obsesionado por las apariencias.

Por mi procedencia o casta, yo estaba a la altura de aquella clase. Viniendo de Madrid, podía equipararme a ellos. Eso creía yo. Y busqué los ámbitos de su solaz. Me refiero a las cafeterías que frecuentan los pijos de provincias. En las primeras semanas después de mi llegada a R. me enteré de dónde estaban los locales de la gente bien, aquellos en los que un tipo bien podía encontrarse a gusto. Fui a ellas, y en todas me sentí rechazado.

No era difícil darse cuenta. La causa inmediata del rechazo era mi uniforme de talla estrafalaria. Resultaba inaceptable que un mamarracho invadiera sus territorios vedados. Me lo hicieron saber, indirecta y discretamente. Un joven alférez me transmitió el mensaje con mucho tacto en el bar de oficiales. Me trató como un colega, “lo siento chaval, les has caído mal”. Mi presencia en sus cafeterías incomodaba

a la burguesía local.

Me sentí como Adán expulsado del Paraíso. Llegué a considerar, incluso, que la culpa era mía por descuidar mi indumentaria.

En las cafeterías de postín, los locales chic, como se decía entonces, sólo estaban autorizados los militares de graduación. Por eso tuve que renunciar a mi identidad con la clase media y busqué refugio entre los proletarios.

Buenos burgueses

Después del deliberado propósito de detener el tiempo, de congelarlo y atrapar en este bloque de hielo la energía de la juventud, uno de los mayores empeños de aquel ejército, lo que más me irritaba era la obsesión disciplinaria y formal de la suboficialidad y de la oficialidad. Era una manía que contrastaba con el paradójico desprecio hacia todo ello por parte de los jefes. De sargento a comandante parecían más coreógrafos que soldados. De teniente coronel para arriba, escaladores uniformados.

Estudiaba yo la manera como se representaban tamaños dislates en la rutina del cuartel, es decir, en la vida profesional de

aquellos personajes de Trapisonda. En realidad todas las ordenanzas, la instrucción, las rutinas de seguridad militar, los desfiles no eran sino simulacros, pero no de una posible guerra, sino de una fantasía. ¿Qué fantasía? La de cada protagonista, la de cada miembro de la cadena de mando.

Podían ser fantasías personales, miedos, frustraciones, como la de aquel capitán habitualmente noble y clemente con la tropa, que un domingo por la tarde en que estaba de cuartel hizo formar a todo el mundo y nos puso a recoger papelitos, colillas y hasta cáscaras de pipas de los espacios abiertos del recinto. Después se supo que su mujer, ¡una francesa! ¡a qué soldado español se le ocurre casarse con una francesa!, le humillaba y apenas yacía con él... Esto último, ¿cómo se sabía?

¡Y menos mal que el carácter de aquel capitán era bueno! Había peores fantasías, las de aquellos suboficiales alcoholizados, las de otros que eran verdaderos tarugos, hombres de Neanderthal vestidos de uniforme. La mayoría de los mandos tenían negocios fuera de su bélica profesión, con frecuencia negocios

mezquinos que rodaban empujados por una inercia tan misteriosa como la vida cuartelera. Eran dos horizontes, no, múltiples horizontes fantásticos que se cruzaban siempre por encima de la realidad, la realidad rastrera de cada fin de mes.

Vivir todo esto desde la más baja perspectiva, la del soldado de reemplazo, producía relámpagos de lucidez en verdad aniquiladores de todo optimismo. Por eso, la mayoría de la tropa intentaba no reparar mucho en su fortuna y pasar desapercibida a lo largo de su servicio militar. Los soldados parecían imbéciles, palurdos. Creo que es lo que querían parecer, imitar en lo posible la imagen que de ellos habían creado los mandos en sus sofocadas mentes.

Lo que creían (no “querían”, sino “creían”) ser los conjurados fue para mí un enigma, y lo sigue siendo. ¿Creían que podrían reemplazar a los oficiales y a los jefes en la imposible eventualidad de una sublevación? ¿Ocupar su papel? ¿Por cuánto tiempo? Sólo una vez se me ocurrió dirigir la conversación hacia estos derroteros. Su reacción fue de gran cautela.

Supongo que se cuestionarían en silencio, ¿qué es lo que pretende sonsacarnos este tío, que no es de los nuestros? La desconfianza es un procedimiento invencible contra la búsqueda de la verdad. Su verdad, la desconozco, y ellos me temo que también. La mía, vivir con decencia y alegría una vida doméstica.

La actitud de Honorio hacia ellos me produjo al principio alguna perplejidad. Suponía que quería ganarse su confianza para averiguar sus propósitos, para anticipar posibles acciones subversivas. Pero pronto me convencí de que el cabo primero los frecuentaba por puro gusto.

Yo deduzco que quizá Honorio, persona astuta en casi todos los negocios de la vida, se había percatado de que la amenaza real de los conjurados a la estabilidad del Régimen era equivalente a la competencia de los mandos.

Honorio llamaba la atención por su estupenda calva parecida a la mía. Las facciones de su cara y el cráneo eran armoniosas, hechas de curvas suaves y algo femeninas. Sus ojos inocentes, tenían un fondo de astucia quizá no

biológico, quizá adquirido en la atmósfera industriosa e industrial badalonesa que había respirado muchos años. Por último, cruzaba su cara un firme bigote crespo.

Los lazos de amistad del cabo primero con nosotros, “los de Madrid” en general, fueron anudados por su novia, Socorro. Un día se vino con ella al “España”.

La primera impresión que daba era de rubia modosa, porque había un velo de timidez o recelo en sus pupilas azul turquesa. Su mirada resultaba desconcertante también por otra razón: al inclinar o girar un poquito la cara se interponía su nariz, un tabique demasiado alto entre los bellos ojos. Tenía la piel muy blanca y pecosa, y su pelo era áspero. De caderas sólidas y busto imponente, parecía, sin serlo, una mujer grande en relación con la media española, porque a Honorio, que no destacaba por su estatura, no le llegaba a las cejas. Era atractiva sólo de lejos; de cerca, decepcionaba. Pero, tras la primera impresión, esa decepción de su belleza se disipaba ante otra sutil emisión de su interior oscuro: enseguida se percibía que era una mujer de carácter, de fondo misterioso.

Honorio se había enamorado de Socorro, que era prima suya, durante una visita de la chica a la familia emigrante en Badalona. La ocasión se produjo poco antes de la entrada en caja del joven, es decir, antes de que sortearan los destinos militares de su quinta. Entonces concibió la idea de empadronarse de nuevo en la ciudad donde había nacido, con la esperanza de tener fortuna en el sorteo. Si no le tocaba el cupo de África, podrían destinarle, gracias a las oportunas gestiones de sus parientes, en el regimiento de Artillería, vivir en casa de uno de sus tíos, estar al lado de su novia y hasta encontrar trabajo para las tardes. Y así fue. Se empleó en la oficina donde trabajaba la propia Socorro como agente comercial, uno de los mejores que tuvo aquella empresa.

Su intención era marcharse a Badalona en cuanto se librara de la servidumbre militar, casarse y tener familia.

A mí esta determinación me fascinaba, en especial la parte de la rutina familiar. Admiraba y envidiaba la mansa relación de Honorio con sus padres. Era la parte abierta de mi herida, era lo que nos diferenciaba. En todo lo otro éramos

almas gemelas, nuestra ambición era la vida doméstica, la laboriosidad burguesa celosamente practicada durante el día, el regreso al hogar después del ocaso, un hogar que te recibe con ese aroma exclusivo, privado, que tú y tu familia habéis ido creando, una mezcla de acelgas hervidas, de especias exóticas, de chuletitas de cordero fritas, y de ambientador ecológico. O sea, la felicidad rutinaria, lejos de conflictos emotivos, del lucro y la avidez, embebido en sacar de tu habilidad y tu esfuerzo el mayor provecho para tus hijos. Los dos aspirábamos a ser buenos burgueses.

Verdadero amor

A veces, llevado de ensoñaciones de este género, bajaba yo la guardia y caía preso del sentimentalismo o de la debilidad.

La neurastenia que me producían mis cálculos e investigaciones matemático-quinielísticas (cuántas veces había perdido el Sabadell ante el Málaga en las últimas temporadas, resultado que combinaba con otros igualmente aleatorios), me ocasionaba un derrumbamiento interior. Entonces sentía

deseos de convertirme en un objeto inerte: una de las puertas del cuartel, hinchadas de tanto repintarlas, la chapa de hierro oxidado de una mesa del Estado Mayor, el sucio escudo de armas de la fachada, una compacta cepa destinada a consumirse en la chimenea del bar de oficiales. Los objetos no tienen ni juicio ni libre albedrío, ni futuro ni deseo. Los objetos son siempre lo mismo hasta que se destruyen, y además sirven para algo. Si pudieran, se sentirían útiles. No poseían los jefes y oficiales el poder para convertirnos a los soldados en objetos, pero lo intentaban con todos los instrumentos a su alcance.

En otras ocasiones mi cabeza hervía. “La mili no es otra cosa que un intento de paralizar el tiempo por ciertas mentes retorcidas y cobardes”, sonó en mi memoria el eco de la voz de Antonio al poco tiempo de llegar al cuartel. El tiempo corría a nuestro alrededor y nosotros estábamos encerrados en una cápsula de color caqui. Entonces intervenía el azar, se producía algún acontecimiento que calmaba mi ebullición interior. Por ejemplo, un accidente meteorológico.

Un día empezó a caer una espesa nevada en la Meseta. Por la tarde tuve que acompañar al brigada Floro a recoger suministros a un pueblo algo lejano. El viaje a través de la llanura inabarcable cubierta de blanco fue conmovedor. Me parecía mentira que yo pudiera percibir tanta belleza en mis adversas circunstancias.

Es posible que fuera esa misma tarde cuando se apoderó de mí una obsesión criminal, la de asesinar el tiempo, porque todavía me quedaban diez meses de destierro. Aquella noche acudí al cuerpo de guardia a llevar un pisolabis al oficial de servicio.

La nieve cuajada en los pueblos y en los campos había producido un efecto balsámico en los mozos a quienes tocaba permanecer algunas horas vigilando el blanco horizonte en prevención del imposible ataque de ningún enemigo. A lo lejos se escuchaban los pitidos de un tren, arrastrados por el viento sobre el paisaje helado, y a mí me pareció la sirena de un barco a punto de partir, que me echaba en falta y me llamaba.

Uno de los tipos de servicio, un tal

Fulgencio, quizá de mi edad, es decir, de una quinta anterior, y de maneras menos toscas que las del resto de los acuartelados, se puso a contar intimidades.

El verdadero amor es el primero. Los de luego son diferentes. Ya no valen lo mismo. La primera vez que te enamoras de una chica, los primeros besos, nunca se olvidan. Se te queda la marca ahí, como si te hubieran besado con labios de fuego.

El círculo de soldados que se calentaban en la chimenea no se inmutó. Nadie hizo el menor comentario. Al revés, parecían fascinados por aquellas palabras tan lejanas a las zafiedades y burlas con las que solían solazarse, los desgraciados.

Luego te vuelves a enamorar, tienes varias novias, haces el amor con ellas sorprendentemente no había dicho “follas con ellas” . Pero no es igual. El primero es el amor auténtico.

Con la cabeza, algunos le daban la razón.

Al salir del cuerpo de guardia, le pregunté a Honorio, que hacía de suboficial de guardia, si

estaba de acuerdo.

Se encogió de hombros.

Fulgencio está casado. Y me parece que no con su primera novia. Debe de estar aburrido de la mujer o pasando una crisis.

Se me quedó mirando. Yo intuía en sus ojos una pregunta. Quería saber si yo me aburría, si me sentía vacío, medio lleno o lleno. Pero yo no podía aclarar su expectación, yo estaba a doscientos kilómetros de la rutina doméstica.

La matanza del cerdo

Mi destino como camarero del bar de oficiales me libraba de algunas penosas obligaciones militares, pero me tenía atado a las rutinas cuarteleras de los mandos. Llegué a conocerlas casi todas. Aquel cuartel funcionaba al borde de la autosuficiencia. Tenía un huerto en el que cultivaban patatas y, en su estación, tomates, berenjenas y pimientos. Además, dentro de la empalizada del regimiento había una granja de cerdos. No sé por qué, eran el orgullo del coronel, un tipo altanero perteneciente a la baja aristocracia a quien la

rutina militar parecía importar un rábano, que, por cierto, también se cultivaban en el huerto. Su principal obsesión eran los desfiles y la policía del soldado, su pulcra apariencia. A más de media docena vi yo que castigaba sin rebaje por tener las uñas sucias.

Estos cerdos, igual que los productos agrícolas, servían de alimento a la tropa. En enero, todavía época de matanza, presencié yo el degollamiento dramático de alguno.

El suboficial encargado de la granja era el brigada Benítez, un tipo de piel aceitunada y suave, con aire afeminado, pero de mirada resentida. Odiaba ese trabajo. Le habían hecho responsable agrícola y ganadero porque antes de reengancharse en el ejército había trabajado en una hacienda. A nadie de los que decidieron volver a hacerle agricultor con galones se le pasó por la cabeza preguntarle su opinión, que era contundente al respecto: Benítez habría preferido el cuartel al cortijo, porque estaba harto de almacenar estiércol, de transitar por pocilgas, de pasar frío en invierno y de achicharrarse en verano.

Durante la matanza de un hermoso ejemplar porcino, le observé complacerse por el sufrimiento del animal, que berreaba y pateaba presa del pánico antes y después de que un hábil soldado le hundiera en su palpitante pescuezo un cuchillo carnicero y lo removiera allí dentro segando venas y arterias. Benítez tenía los ojos clavados en el chorro de sangre que caía en un lebrillo de loza verde sujeto por unas manos bajo el cuello del sacrificado. Era la primera vez que yo contemplaba algo así, y estaba sobrecogido. Los matarifes ejecutaban su trabajo sin manifestar emoción, con frialdad profesional, casi todos lo habían hecho alguna vez en su casa. Pero en los ojos de Benítez había una furiosa alegría. Supongo que se vengaba en el pobre cerdo de su apestosa suerte.

Azar y dialéctica

Socorro acudía alguna vez al “España” con su novio. Recuerdo una de las tardes en que acabé interviniendo en la tertulia. No sé cómo ni por qué.

Las polémicas abstractas siempre me han atraído poco. A los conjurados les

entusiasaban. Estaban en su elemento, el curso fijo de la historia, el conflicto de las clases, la economía agrícola, la industria, el proletariado, la burguesía, las barricadas, los cañones del progreso escupiendo fuego, la sangre empapando el suelo de la historia.

Se sentían invulnerables en sus argumentaciones. Quizá era lo único invulnerable que poseían. Disfrazados a la fuerza con el uniforme de faena en el cuartel o con el de bonito en la ciudad, no eran otra cosa que víctimas propiciatorias de un sacrificio que en cualquier instante podía ser cruento. Si se ha de juzgar por algunas de las expresiones militares de la época, la diferencia entre la raza porcina y la de los soldados de reemplazo era insignificante. Esta realidad histórica nos envolvía a todos como una manta de lienzo basto.

La historia es una fuerza incontenible sostenía Antonio con una fe ciega . Puede que no sea recta su trayectoria, pero conduce a un objetivo...

Antonio se detuvo y buscó en su interior

con gran esfuerzo. Tenía una imaginación intelectual mediocre, le faltaban bases rígidas y pilares sólidos. Yo me atreví a completar lo que había dejado en el aire con la palabra que me parecía más adecuada en aquel discurso.

Dialéctico pronuncié. Y al hacerlo me di cuenta de mi temeridad. Al intervenir me estaba situando en su terreno, como si insinuara mi aspiración a ser uno de ellos.

Antonio me lanzó una mirada de sorpresa. Los conjurados limitaban sus conversaciones políticas con nosotros, los no conjurados, a aspectos teóricos. Nunca hablaban de la actualidad. Pero no había límite para las hipótesis. Se discutían todas teorías disponibles en una biblioteca progre. El propósito, si es que había alguno, no podía ser influir sobre nuestra irrecuperable conciencia burguesa, la de los no conjurados, la de quienes no éramos de los suyos, sino ejercitar su habilidad retórica y demostrar públicamente que sabían mucho, más incluso de lo que manifestaban. Con un guiño vanidoso nos insinuaban su lado oscuro.

¿Te has vuelto ahora dialéctico, macho?

me preguntó Antonio, defendiendo su parcela.

Necesario dijo Miguel con una voz átona, a la que ninguno hizo caso.

¡Qué va! Pero vosotros, como la historia, sois dialécticos. ¿No? contraataqué.

Necesarios insistió Miguel con la misma neutralidad.

Eso es lo que me gustaría intervino Vicente . Conocer de antemano los avatares, los bandazos de la historia. Porque, joder, la historia nos machaca.

¡Necesario, demonios! Ahora Miguel se impuso de un modo contundente . El objetivo de la historia es necesario. Aunque volvió al eco fúnebre , lo cierto es que no es ninguna satisfacción saber que uno no es más que un puto engranaje. Pero, al menos, tenemos la seguridad de que el futuro es nuestro.

Vuestro, es posible. Pero mío, ni por equivocación corregí, exhibiendo mi pesimismo . A mí quien me jode es mi padre. Y no sé si el ejército en cuyas manos me ha

puesto para joderme lo hace gustoso o es un mero instrumento de clase. Me da igual. Es una cuestión de suerte.

De suerte, no. El ejército es una institución al servicio de la clase dominante, por ejemplo, la de tu padre — dijo Miguel, dejando muy claro que no era más que un ejemplo.

Tampoco es para tanto — quise poner yo las cosas en su sitio —. Mi padre no tiene ni cien empleados. La suya es una empresa media. Insisto, es una cuestión de azar. Lo que vosotros llamáis historia, yo lo llamo azar, una sucesión de hechos aleatorios que, vistos un siglo después desde otra perspectiva, se convierten en algo lleno de sentido.

Estás confundiendo dos niveles, compañero — se me echó encima Antonio —. El nivel de la peripecia individual, y el nivel de la historia colectiva. El primero sí es azaroso. El segundo, no.

A mí el segundo nivel me importa un pimiento. Sea un camino recto sobre el campo de batalla de la lucha de clases, sea una lotería universal, es algo en lo que yo no podré

intervenir jamás.

¿Cómo que no? La acción política de las masas es una intervención en esa marcha histórica apostilló Miguel.

¿Y para qué quieren intervenir las masas si al final acabarán en la meta predestinada?

Para adelantar la historia. Para ahorrarse sufrimientos insistía Miguel.

Pues que intervengan. Que se ahorren sufrimientos. Mientras tanto, yo me tengo que ganar la vida peleando con la suerte, con la combinatoria. ¿Ganaré la Real Sociedad al Málaga? ¿Empataré el Bilbao con el Córdoba? No se trata de que uno sea en teoría mejor que el otro. No sirve para nada. Nada puede determinar la combinación de los resultados. Se trata de acertar. Catorce aciertos y me hago millonario. La humanidad no va a conmoverse porque sea yo en lugar de Gabino quien se lleve la pasta. La lucha de clases no va a avanzar ni a detenerse. Yo, lo único que quiero es que una de mis combinaciones coincida con la correcta. Eso es todo.

Para ellos eso no era todo. Estaban tan

convencidos de su razón como yo de la mía.

La lucha de clases sí que te afecta. Y la historia es una cosa mucho más complicada. Dijo Vicente en un tono de cierta pesadumbre, y añadió con un acento pesimista : También para mí lo es.

¡Exacto! Y a mí no me gusta complicarme la vida. Bastante me la complican los demás. Mi propia familia.

A mí los conjurados me parecían un grupo de personas afortunadas. Por cuanto yo sabía, se llevaban bien con sus padres, recibían ayuda de ellos, les esperaba un futuro profesional bastante cómodo, y además tenían fe absoluta en un ideal.

Que luego acabaran traicionándolo o no era algo que en aquellos días ni a mí ni a ellos se nos ocurría.

Así que yo los veía como tipos felices. El azar les había hecho felices, pensaba yo, y la necesidad les llevará a ocupar una buena posición; en mí, sin embargo, todo es aleatorio. Aquellos tipos tenían a la historia de su parte. La mili era para los conjurados una mezcla de

limbo y purgatorio, un aparcamiento de su vida de donde acabarían saliendo para reintegrarse al camino inexorable de la historia.

La fuerza de Bilbao

Honorio, Socorro y Kepa no habían intervenido mucho en esta polémica. Habían disfrutado de ella como espectadores. En Kepa no era sorprendente. Pero sí había algo raro en la discreción de Honorio.

Kepa era un auténtico vasco impenetrable. Aunque su naturaleza no era taciturna, sino jovial. Como he dicho, se manifestaba en especial cuando hablaba de su tierra y canturreaba canciones euskaldunas. Pero no revelaba ninguna inclinación política. Nunca le había oído yo ningún comentario contra el hecho de haber sido alejado de su país de nacimiento. Puede que Kepa también estuviera convencido de alguna especie de determinismo histórico. Un determinismo que le mantenía anclado en lo sentimental al País Vasco, como si fuera de él no pudiera haber nada ni nadie digno de disfrutarse.

Cumplía con sus obligaciones castrenses

de manera escrupulosa. Sin entusiasmo, pero sin la renuencia que lastraba la actividad del resto de la tropa.

Kepa había pasado los últimos veranos en Londres fregando platos, y en otras localidades inglesas, recogiendo fresas. Sabía inglés. O al menos es lo que creía el capitán Cerón, que lo utilizaba para traducir unos cuadernos jeroglíficos que explicaban el manejo de ciertos instrumentos militares cedidos por los yanquis para la localización de la artillería enemiga.

Hay que decir que el Regimiento de Artillería de Información y Localización de R. Era un cuartel sin cañones, salvo dos, muy antiguos. Uno soviético, botín de guerra; el otro alemán y de pequeño calibre, para las prácticas en la estepa. Todas las armas del regimiento, fuera de los descacharrados “cetmes” y las pistolas de los mandos, eran camiones cedidos por el ejército norteamericano, material de desuso de la guerra de Corea, dotados de aparatos e instrumentos de medida. Con ellos y un personal debidamente adiestrado se daba por supuesto que podía localizarse el emplazamiento de las baterías enemigas e

informar al Estado Mayor para que las destruyese.

A Kepa le habían descargado de sus obligaciones de furriel y le habían encomendado el trabajo de traducir los manuales de aquellos chismes de dudosa utilidad en las batallas modernas.

Pero no dedicó muchas horas al viejo diccionario Sopena que Cerón había adquirido en una librería de la ciudad. Se fue de permiso. Así, de repente. Dijo, “adiós, me voy un mes de permiso”, y desapareció. Como era hombre de pocas palabras, los madrileños nos resignamos a esperar su regreso para conocer las causas de tan estupendo premio.

Honorio nos puso al corriente.

El permiso se lo ha conseguido su tío, un cargazo del banco de Bilbao, que ha venido a hacer una inspección contable a la sucursal de la ciudad.

¡Qué suerte, llevarse bien con la familia!
solté yo con una pizca de envidia.

Lo divertido es que ese banquero tiene a

Cerón cogido de los huevos.

¡Eso sí que era chocante!

La historia parece que era la siguiente: el tiempo libre del capitán Cerón, que debería de ser mucho, muchísimo, porque daba la impresión de estar muy poco en el cuartel, lo empleaba en su propio y particular beneficio, quiero decir en el del individuo que había debajo del uniforme. Tenía una empresa. De qué, no sé decirlo, alguna gestoría, alguna correduría, alguna delegación, porque no creo capaz a un tipo como Cerón de dirigir una industria. Además no tenía talento para organizar nada. Por último, en la región donde estaba ubicado el cuartel no había más que unas pocas minas y algunos talleres de automóviles; todo lo demás era agricultura.

Resulta que Cerón no era multimillonario ni tampoco su mujer. Y en consecuencia, su poca liquidez tenía que compensarla con préstamos bancarios. Por una descacharrante causalidad, el banco que suministraba créditos a Cerón era el Bilbao.

Cuando Cerón recibió la amable llamada

del inspector del banco, en medio de una crisis financiera que le estaba ahogando mucho más que el jodido jeroglífico yanqui, se agarró a Bilbao como un náufrago a una tabla. Aquel hombre providencial le ofrecía todas las facilidades del mundo

Según pudo conocer Honorio, a través de vaya usted a saber qué medios, el inspector del Bilbao, al acabar de negociar el ventajoso préstamo al capitán Cerón dejó caer esta pregunta,

Creo que tiene usted en el regimiento a un chico vasco que se llama Kepa.

Sí. Bueno, aquí le llamamos Pedro precisó Cerón sin siquiera preguntarse cómo podría conocer aquel hombre influyente al vasco impenetrable.

¿Cómo se porta? interrogó el inspector en un tono que sonaba muy ambiguo.

Tan ambiguo que, según Honorio, Cerón se puso en alerta. Se agolparon en su conciencia todos sus cargos militares, en especial los reservados. ¿Sería aquel hombre un agente del servicio de información de la Guardia Civil?

¿Pertenería a ese otro novísimo organismo que se rumoreaba que el almirante Carrero Blanco estaba articulando como una malla secreta en todo el territorio nacional, hoy conocido por C.E.S.I.D.?

Bien informó escuetamente Cerón.

Se tuvo que morder la lengua para no seguir hablando, para no asegurar que lo tenía perfectamente vigilado, que era consciente de la peligrosidad de todo vasco, que le había colocado en una oficina para que no tuviera acceso ni a las armas ni a la tropa, sobre la que podía ejercer su posible nefanda influencia, que le estaba haciendo trabajar como lo que sin duda era, un cabrón separatista. ¿Quién era ese hombre?

Es sobrino mío, un chaval excelente.

Pasadas unas semanas, Kepa se marchó con permiso de un mes.

Un mes en el calabozo

La rutina castrense siguió su torpe curso. Torpe en especial para mí, que en lugar de un mes de permiso me tocó en suerte un mes de

calabozo.

La culpa fue de mi arrogancia y de un cabo primero todavía más arrogante que yo y, además, un verdadero imbécil. Era estudiante de Medicina en Madrid y nativo de uno de los pueblos próximos a R., un hijo de papá, un terrateniente local. Le habían destinado a la enfermería en virtud de su matrícula académica, pero sin considerar su expediente, tan malo como la sangre del brigada Benítez.

Estúpido y todo, tenía gustos y costumbres urbanos, más parecidos a los del grupo de conspiradores que al de los jóvenes agricultores que hacían la mili en aquel regimiento. Por eso, hasta entonces nos habíamos tratado como compañeros.

De súbito, una mañana, se encontró con que tenía que limpiar urgentemente la enfermería para una revista. Yo pasaba por allí, y echó mano de mí como si yo fuera lo que en realidad era sin quererlo ser, un desvalido soldado frente a la autoridad olímpica de un cabo primera. Pensando que bromeaba conmigo, un colega, un tipo ajeno a la chusma

que solía utilizarse para estos menesteres, me burlé de él. Se puso furioso. Y yo, más.

Terminé llamándole “hijo de puta”. Esto le sacó de sus casillas. Entonces recordé la fama de cornudo que tenía su padre entre algunos de los soldaditos que servían en el cuartel y cuyas familias trabajaban en su cortijo. Ya era tarde. Y yo, además, no quise disculparme.

El tipejo dio parte del incidente al sargento. Éste lo pasó al oficial, que lo cursó por la vía jerárquica. Mi suerte estaba echada.

Aquella tarde, mientras mi mala acción adquiría cuerpo de delito en la burocracia castrense, todavía salí a la calle. Fue como el paseo de un condenado. Era el cumpleaños de Honorio, y había convidado a los conjurados y a mí también a su casa, donde daba un guateque. Había allí una porción de gente variopinta, la mayoría estudiantes.

La injusticia de la que yo había sido víctima había sublevado los ánimos de mis amigos y de gran parte del cuartel, si se me permite la vanidad. Pero la manía de teñirlo todo de un tinte sociopolítico, desvió pronto a

aquellos apóstoles de la rectitud hacia un berenjenal de razones trascendentes y poco a poco, se fueron metiendo en un terreno cuya travesía pública sólo era explicable por la incontrolada ingestión de cubalibres.

Una y otra vez volvían sobre su tema favorito, el curso inexorable de la historia. El ejército, la burguesía, la Iglesia y su puta madre acabarían periclitando, yo no debía preocuparme, la historia me daría la razón, la historia me vengaría. Aquello me puso furioso. No estaba yo para tales consuelos.

Pues yo me cago en la historia, en el ejército, en la burguesía, en la Iglesia y en la negra suerte que me ha tocado.

No te pongas así, coño. Estás exagerando. Tu situación no es tan desesperada dijo Antonio.

Pero es que... Me cago en diez... Es la hostia. Hice un esfuerzo por enfocar mi mente en algo que no fuera frustración. A mí lo que me decís me suena a algo muy viejo, a la doctrina católica de la predestinación, al “todo está escrito en el libro del cielo” de los

musulmanes.

¡Eres un individualista! me recriminó cariñosamente Miguel.

Pues claro que soy individualista. Es a mí a quien le va a caer un puro.

Sabes lo que quiero decir. No estás solo. No te vas a quedar solo. Todo el cuartel está contigo. Si lo miras de cierta manera, el pueblo está contigo.

A mí, el pueblo y la historia del pueblo me importa... me deja indiferente, coño. Yo me muevo por el mundo con mis ojos, con mi cabeza. Y este mundo es caótico y aleatorio. Y si tiene algún sentido, yo no lo he descubierto. Si lo hubiera descubierto, no me pasarían estas cosas, hacer la mili, que me metan un consejo de guerra.

Que, no, hombre, que no seas gafe me corregía Honorio.

Tío, te estás dejando arrastrar por un pesimismo pequeño burgués. No pudo evitar decir Antonio . Bueno, vamos a dejarlo, que estás muy jodido.

Era lo peor que se le podía decir a un conjurado. ¡Pequeño burgués, espíritu de pequeño burgués! Pero no se daban cuenta de que para mí aquello no constituía un agravio. La secta de los conjurados estaba obsesionada por no contaminarse de espíritu pequeño burgués, que ellos identificaban con algo mezquino, un fondo pusilánime, una basura de la historia.

Después de semejante esfuerzo, quedé abatido en un sofá, y dejé de dar la murga, mientras el resto de la gente seguía con el guateque.

De pronto se me ocurrió la solución para contrariar el sino de la historia. Me interpondría en el curso de la mala suerte. Hablaría con mi padre, le contaría la verdad de los hechos, la bajeza de aquel cabo primero que se decía mi amigo. Le pediría ayuda. Le suplicaría que utilizara su influencia para sacarme de la prisión militar.

Menos mal que no lo expresé en voz alta. Estaba a punto de hacerlo cuando me di cuenta de la gran traición que estaba perpetrándome a mí mismo. Más de diez años de libertad y de

amor propio tirados a la basura. Fingí que me quedaba dormido, y me fui tranquilizando.

Revolución inminente

Me dediqué a escuchar las conversaciones de los convidados al cumpleaños de Honorio.

Vicente, el biólogo, cuyos conocimientos de literatura se me antojaban prodigiosos para un científico, hablaba de Georges Bataille y de Ferdinand Céline. Decía cosas tremendas sobre la naturaleza rastrera de los seres humanos, sobre la indecencia de los poderosos y la cobardía de los pobres diablos. Esto provocaba la contestación indignada de Miguel, otro de los conjurados, rescatando del lodo la reputación del proletariado y echándole en cara a Vicente su dudosa militancia.

Por alguna razón, perdida en los vapores alcohólicos de mi apesadumbrada conciencia, Antonio intervino para recordar que la poesía era un arma cargada de futuro. Y Vicente le contestó que, de acuerdo con Georges Bataille, la poesía era un arma cargada de presente. Fabuloso.

Finalmente hablaron de amor.

¡Cielo santo, hablaron de amor!

Coincidieron los tres conjurados en algo, supongo que por un mero fenómeno aleatorio. La noción de amor que todos compartimos hoy en día, confirmaron, es un producto de la ideología de la clase burguesa elaborado a lo largo de los últimos ciento cincuenta años.

Que yo sepa, Miguel tenía novia, una chica muy hermosa a juzgar por la foto, hija de una familia tan selecta como la suya, padre notario o algo así; Antonio no parecía albergar más que una incontenible frustración sexual y casi ninguna experiencia con las mujeres; y Vicente era un misterio, tan pronto podías pensar de él que era un libertino, como tenías la certidumbre de que su más vehemente aspiración era la vida monacal. Sospechaba, incluso, que podía ser homosexual. Sobre estas magras biografías eróticas y lo mucho que habían leído, basaban sus disquisiciones sobre el amor.

Pero ya empieza a ser diferente informo aliviado Miguel o Antonio, no recuerdo . Hoy, los amantes, en la Unión Soviética, ya no se dicen “te quiero”, sino “te comprendo”.

De la reacción que produjo esta fabulosa información en Vicente es de donde deduje yo que era un revisionista, porque calificó de soberana estupidez el supuesto y apabullante hecho. Para él, el tiempo era sólo un escenario variable donde el amor representaba las diferentes versiones de una farsa universal.

De camino al cuartel todavía se trató el tema de la revolución inminente en la Gran Bretaña. Los mineros ingleses llevaban, yo qué sé, meses en huelga, y el gobierno iba a hacer intervenir al ejército, o lo había hecho intervenir ya. No tardaría en producirse allí, en la cuna del capitalismo, la revolución pronosticada por Marx hacía más de un siglo.

Plan de huida

¡Qué horrible noche fue para mí la de aquel día!

Atiborrado de alcohol, de ideas color berenjena, y aterrizado por lo que me esperaba, los sueños me zarandeaban como la mano de un niño juguetero un patito en un barreño.

Uno de ellos era una especie de excursión

campestre donde había personas con las que yo me sentía a gusto. La reunión se celebraba en el jardín de una casa que poseíamos sólo en el sueño mi mujer y yo. Uno de los invitados era un científico nuclear. Se estaba debatiendo algo, sin ningún ahínco, una discusión muy formal, muy académica, sobre los peligros de la energía nuclear, quizá. De pronto el peligro se materializó. Alguien tenía allí una bomba, o una lata de uranio enriquecido, una cosa muy amenazadora. El profesor tomaba en sus manos una carabina de dos cañones, que parecía contener la cosa peligrosa, intentaba desactivarla, pero se le disparaba. Sin que pudiera advertirse ningún efecto inmediato, todos nos dábamos cuenta que el mal estaba hecho, que el lugar estaba contaminado, y nosotros también. Nos marchábamos de allí cabizbajos, abatidos, como la Humanidad expulsada del Edén. Yo comenté con mi mujer algo muy doloroso, “tendremos que decirle a mi padre que se vaya de casa y nos la deje, ahora ya no tenemos donde vivir.”

Aquella mañana me comunicaron a mí y a todo el cuartel que tendría que pasar un mes de

arresto en el calabozo. La noticia salió en la gacetilla que se editaba a diario, una hoja compuesta con caracteres móviles — piezas de plomo con las letritas en relieve — e impresa en un tórculo, en el mismo acuartelamiento que, no se olvide, era autosuficiente.

Lo que más temía yo era el frío. Días y noches encerrado en un espacio de cuatro o cinco metros cuadrados me acabaría costando una neumonía. Tenía que salir de allí. Tenía que abandonar aquel encierro, aquella humillación. Estaba dispuesto incluso a escaparme, a desertar. Y esta vez era en serio.

Así fue cómo urdí mi plan. La idea me la dio una mala digestión que padecí la primera noche de cárcel. Pensé que se iba a reproducir en mí una úlcera que había contraído muy joven por los disgustos familiares y el alcohol. No ocurrió nada. Al día siguiente estaba repuesto. Entonces pensé, oye, ¿y si consigues que la úlcera vuelva a sangrar? No tendrán más remedio que llevarte a un hospital, se olvidarán de que estás castigado, y podrás fugarte con ayuda de tu mujer. Decidí poner en práctica una contundente agresión contra mi propio aparato

digestivo. Aspirinas a todo pasto, zumos de naranja, tomate frito, coñac de garrafa.

Consciente de que en cosa de una semana estaría revolcándome de dolor en la mazmorra, me dispuse a asegurar mi sustento. Trabajé en mis apuntes estadísticos metódicamente, helándome de frío, eso sí, pero con todo el tiempo y la tranquilidad del mundo a mi disposición, salvo las constantes visitas de la tropa que asomaban la cabeza a través del ventanuco de la sólida puerta y pasaban un largo rato dándome conversación. Me traían libros, periódicos, comida, golosinas. Y tabaco, mucho tabaco. Podría haber puesto un economato y un estanco con todo lo que almacené.

Era prodigioso, incomprensible. Tipos a quienes yo ni siquiera me había dignado saludar, destripaterrones, proletarios agrícolas o de la pequeña industria local, se solidarizaban conmigo. Terminé reconociendo que me estaban dando algo más que comestibles, me estaban dando una lección.

Tan cálida era esta solidaridad, tan eficaz,

que llegué a sentirme a gusto en mi papel de víctima mimada por el pueblo, y aplacé el plan. De no ser por la gélida atmósfera del calabozo, podría afirmar que yo era un privilegiado. No hacía ningún servicio, me sacaban al retrete y a pasear cuando a mí se me antojaba, y al comedor, tres veces al día. Nada ni nadie me inquietaba ni había de hacerlo en un mes. Vivía a cuerpo de rey congelado, servido y acompañado a toda hora, hasta las nocturnas, porque, según la ordenanza militar, habían creado un puesto de guardia delante del búnker y cuando yo me desvelaba, el infortunado “chorchi” de turno se entretenía conmigo y yo con él. Tanto afecto me saturaba, me abrumaba. No encontraba tiempo para mis quinielas. Una mañana envié al cuerno a un pobre soldado de guardia que no paraba de distraerme.

 Mi trabajo dio resultados excepcionales aquella semana. En una de las combinaciones me tocó una pequeña fortuna, dinero suficiente para vivir varios meses y para seguir apostando. Le di el resguardo a mi mujer en una de sus visitas. El lugar del encuentro preparado por el mando fue el cuarto de banderas, supongo que

para que ella se llevara una impresión equivocada de la milicia. Le expliqué el plan.

¿Tan mal lo estás pasando?

¡Qué va! Estoy mejor que nunca. Dentro de estas cuatro paredes hago lo que quiero y encima todos me sirven para reparar la injusticia que se ha cometido.

¿Estas cuatro paredes? me preguntó extrañada.

Las del calabozo, mujer.

Me parece que estás loco.

Papeles secretos

Estaba loco. Cuando te obligan a ponerte un uniforme y te encierran en un cuartel para no hacer nada, la sensatez tiende a evaporarse.

He aquí una locura que protagonicé el primer fin de semana de mi prisión, y que todavía hoy no soy capaz de explicar. Yo, un tipo tan individualista que parezco hosco, un ciudadano que busca el anonimato y se siente a gusto en él, un escéptico de tomo y lomo, estuve a punto de convertirme en un instrumento de la revolución en marcha.

No sé, tuvo que ser por despecho. El brigada Benítez era uno de los sujetos más despreciables del regimiento. Tenía la sangre muy negra. En aquellos días le correspondieron varias guardias casi seguidas y en una de ellas le di la excusa para que la tomara conmigo.

De pronto, un domingo se me ocurrió que quería reparar mi amor propio. Alegué que yo no era católico y que no quería ir a misa, no tenía por qué hacerlo, era un derecho.

Transmití el mensaje a través del cabo de guardia, que intentó disuadirme. Pero yo me mantuve firme.

Vi aproximarse a la celda al brigada, con los ojos inyectados en sangre.

¿Así que un derecho? ¿Se quiere usted acoger a un derecho? Pues, mire, no sólo va a venir a misa sino que hoy se va a mear usted en el calabozo.

En el cuartel los mandos no trataban a nadie de usted, si no era para aplicarle el reglamento o para algo peor.

Dio una media vuelta más chulesca que

marcial y se largó. No sé si aquel día tenía una razón para su amargura. Pero, según el testimonio que recogieron mis narices, seguramente estaba borracho.

¡Te lo he dicho, gilipollas! me recriminó el cabo . Hoy no era el día.

El lunes, después de la retreta, se asomó al ventanuco una cabeza inesperada. Era Cerón, que ese día estaba de capitán de cuartel.

¿Cómo estás? me preguntó con voz de afecto.

Yo sabía que fingía, que no podía haber afecto en el corazón de Cerón, al menos hacia mí. Me puse alerta y “firmes” en la penumbra de la celda. Un terror paralizante me recorrió el cuerpo y anuló mi voluntad. Temía otra consecuencia de mi inoportuno amor propio.

Bien, mi capitán.

Empujó la puerta, que al abrirse dejó pasar a la mazmorra una sensación de inseguridad y de misterio, como si el mundo de fuera hubiese dejado de ser algo cotidiano y estuviera poblado de monstruos disfrazados de

personas.

Me indicó que saliera al patio, y nos pusimos a pasear, él enfundado en su abrigo, yo en una manta, seguidos a media distancia por un fantasma con un fusil colgado del hombro, el centinela del calabozo. ¿Estaba cumpliendo aquel chico unas instrucciones absurdas o era muy celoso de las obligaciones del servicio? Enigmas de la milicia. Estampa celtibérica.

He conseguido que pases las mañanas fuera de esta nevera me dijo con aire sospechosamente amistoso . Me tienes que traducir los manuales americanos. Los necesito para las maniobras.

Mi suspiro de alivio, insonoro, debió de iluminar los rincones más oscuros del cuartel.

Cada mañana, después del desayuno, el centinela me conducía a un despacho de la Plana Mayor, y me abandonaba frente al manual de los aparatos yanquis y el inservible diccionario Sopena. Esto es una forma de hablar, porque el centinela permanecía en la puerta del cuarto todo el rato como un poste.

Yo sabía mucho menos inglés que Kepa,

jamás había estado en Londres, aunque sí en París. Para mí los jeroglíficos eran arcanos insondables. Había fórmulas matemáticas por todas partes, muy distintas a las para mí familiares leyes de la combinatoria. No obstante, este gustillo mío por la aritmética se debió de verterse en aquella jungla algebraica y me ayudó en mi empeño. Los primeros dos días creí volverme loco, más loco todavía. Hablé con Cerón, le aseguré que yo era incapaz de hacer nada útil con aquellos textos, que lo mejor que podía conseguir era traducir las palabras, pero que el resultado era un discurso sin sentido.

Sin sentido para ti, ignorante, que no has ido a la academia militar. ¡Hazlo!

Juro que aquello no tenía sentido, no podía tenerlo. Sin embargo, cuando terminé de poner en un español paranoico aquel folleto, Cerón me lo arrebató el folleto y la traducción y lo guardó en la caja fuerte. Quizá era un tesoro, un *top secret*, que podían robar los conjurados y entregar a los soviéticos.

Y ahora, olvida lo que has hecho pronunció Cerón con un eco de complot, pero

también coercitivo.

¿Olvidar qué? Aquel tipo o estaba como un cencerro o era el mayor de los imbéciles. Y yo sabía que no era ni lo uno ni lo otro. Su trabajo, aquel ejército de opereta, volvía a los hombres así.

En el cálido ambiente de las oficinas del regimiento, que disponían de radiadores, un mediodía llegaron a mis oídos noticias confusas sobre algo gordo que estaba pasando en El Ferrol del Caudillo. La prensa que compraban muy pocos oficiales y que se quedaba encima de las mesas, no decía mucho. Incidentes orquestados por agitadores profesionales. Pero aquellos medios impresos no pudieron hurtar el hecho de que dos trabajadores de Astano habían muerto en un enfrentamiento con la policía. Disparos al aire. En aquella época los manifestantes volaban.

El Ferrol era una ciudad militar por los cuatro costados. ¿De qué manera iban a afectar al ejército aquellos hechos inquietantes? La jerarquía, era notorio, estaba preocupada.

El brigada Floro

Me quedaban tres o cuatro días de calabozo. Lo cierto es que sólo iba al calabozo a dormir, como si tuviera una suite privada. Mi vida había vuelto a ser la de antes, pero sin paseos a la calle ni servicios.

La primavera se nos echaba encima. Había amainado el frío, templaba el sol en el empedrado del patio, en el cemento del frontón y en la tierra batida del campo de instrucción. En las bardas de la muralla del cuartel — en realidad era una tapia, qué demonios — verdecían algunas hierbas, los árboles de la fachada anunciaban su agradecimiento al cambio de clima.

A mí, quien se me echó encima fue el brigada Floro.

El brigada Floro era una acémila de unos cincuenta años, de esas que poblaban la suboficialidad del ejército español hasta muy entrada la posguerra. Era un tipo renegrido y enteco, escuchimizado, la estampa de un bereber. Muy escrupuloso en sus obligaciones, habría sido un perfecto burócrata de no faltarle

la más mínima instrucción escolar. Procedía de la Legión, donde había hecho con extenuante ahínco su carrera. Intentaba cultivarse, quitarse de encima el olor a cabra y a camello que llevaba pegado a la piel como la ropa interior del uniforme. Pero no lo conseguía. Hacía tremendos esfuerzos, por ejemplo, leer alguna crónica deportiva. Le fascinaba la letra impresa. La respetaba con veneración. Pero no podía digerirla. Además, odiaba el fútbol. A los conjurados solía tratarlos bien, y debía ser porque admiraba su formación. Pero leer más allá de una página le ponía de muy mal humor, le agotaba, le confundía, seguro que le provocaba terribles dolores de cabeza.

Verás, Fulano me habló cariñosamente aquel hombre desamparado, había pensado... que si tú quisieras... me podrías echar una mano... en algunas cosas... algunos *tes* eso es lo que dijo, *tes* del examen de teniente. Bah, son bobadas, pero es que no tengo mucho tiempo, y tú estás muy acostumbrado, eres abogado y tal.

No podía negarme. Más bien por compasión. ¿Por compasión?

El brigada Floro lo estaba pasando francamente mal. De todos los brigadas que se presentaban al ascenso era el más íntegro, y el único que se identificaba con la parte más noble de su profesión. Pero su instrucción formal y su disposición para un examen eran una calamidad. En los primeros repasos que di con él al temario comprendí que aquel hombre iba a suspender. Me dio rabia carecer de los más mínimos recursos pedagógicos, de no conocer los trucos que suelen emplearse en este tipo de pruebas. Hice lo que pude.

Mientras tanto, observé que algo había cambiado en Honorio. Recapitulé, y concluí que era de los que menos me habían visitado durante mi secuestro en el calabozo. Tenía que haber alguna explicación.

La que me dio al cabo de unos días la extraje yo mismo de un modo vulgar.

Estás muy raro. ¿Te has peleado con la novia?

Sí me respondió escuetamente.

Me pareció imposible. Tuvo que pasar un rato para que se desatara su locuacidad.

No paraba de meterse conmigo. Con mi pelo. Pero coño, si estoy en la mili. Que si me estaba descuidando, que no le dedicaba tiempo. Pero si voy como una moto, lo de las maniobras aquí, y luego mi trabajo por las tardes. Menos mal que el jefe me echa una mano, me dice que no me preocupe, que eso le pasa a todas las mujeres. Luego, ella me decía que me estaba volviendo un tío aburrido, que no me apasionaba. Honorio puso un acento especial casi imperceptible, en esta palabra. Supongo que por pudor, los hombres españoles no solían entonces dar detalles de sus episodios eróticos legítimos, sólo eran deslenguados cuando hablaban de aventuras o de putas . Nos hemos mosqueado. Pero creo que ya ha pasado lo peor.

Pues sí, a principios de abril, estallando la primavera por todas partes como una ofensiva de obuses, Honorio y Socorro volvieron a su orden inicial.

Yo también había vuelto a mi servicio en el bar de oficiales. Y allí pude escuchar la conversación entre un capitán y un comandante sobre Floro.

Se burlaban del infeliz aspirante, sin duda horrorizados de tenerle que admitir en aquel recinto exclusivo. Auguraban su fracaso. Pero no las debían tener todas consigo, porque le insultaban acerbamente. ¡Y delante de mí! Sin importarles lo más mínimo que yo pudiera escuchar sus bajezas. A lo mejor porque estaban convencidos de que yo, al no ser de su casta, era como un marciano, un ignorante cafre al servicio de sus amos blancos. ¡Esos sujetos practicaban el *apartheid*!

La competencia profesional de Floro ejercía sobre él un paradójico efecto. La mayoría de los militares le respetaba. Él lo sabía, y esta convicción era el cimiento más sólido de su amor propio. Pero esto era a la vez causa de grandes dolores de cabeza, porque cuando había una misión complicada, cuando tenía que llevarse a cabo con seriedad algo, le tocaba a él apechugar, era el elegido.

El misterio de las fiebres

La logística del regimiento en las maniobras militares que se iban a desarrollar al cabo de pocas semanas le correspondió al

brigada Floro. En realidad llevó a efecto con meticulosidad un trabajo que debería haber cumplido la Plana Mayor de aquella unidad de artillería. Floro no tenía ni zorra idea de matemáticas ni de electrónica ni de estrategia militar, pero era intuitivo y su capacidad de trabajo era insuperable. Además, era capaz de desactivar situaciones peliagudas. Por ejemplo, la desaparición de un “cetme”, de un fusil de la tropa.

En el cuartel de artillería de Información y Localización, los soldaditos empleaban un término lleno de segundas lecturas, como se dice ahora. Fiebre. Hay una fiebre de limpieza de baterías, hay una fiebre de corte de pelo, hay una fiebre de instrucción, menuda fiebre de botones (tener brillantes los botones del uniforme de paseo), qué fiebre de perrería (descubrir a un soldado sin hacer nada, es decir, dedicándose tiempo a sí mismo). Una fiebre era una obsesión, una manía, una locura menor transitoria. La fiebre de aquella primavera eran las maniobras. Suboficiales, oficiales y jefes estaban enfebrecidos. Incluido Floro, que además tenía sobre su cabeza la espada de

Damocles de su examen a teniente.

Pues bien, una mañana nos desconcertó encontrar a Honorio en el cuartel. Fue el síntoma de que una extraña fiebre se había apoderado del regimiento.

La sorpresa de debía a que la tarde anterior, antes de marcharse a su casa, había dicho en público que se iba a tomar unos días de permiso. Nos lo había dicho a todos, casi había convocado una reunión al efecto en la cantina, un lugar al que ninguno de nosotros acudía si no era por fuerza. En su tono de voz había sombras, aunque su compostura era normal. No se le notaba nada raro, pero se le oía raro.

Aquella mañana saludaba de un modo evasivo. La alarma se extendió, primero entre los conjurados e inmediatamente entre el resto de la tropa. Estaba pasando algo. Algo más serio que una fiebre. Sospeché que me enteraría pronto, y no me equivoqué.

Honorio se asomó al bar de oficiales y al verme me hizo una seña para que saliera.

Han robado un “cetme” de la segunda batería.

¿Robado? dije yo como un eco.

El capitán Cerón estaba convencido de que alguien había robado el arma. A mí me parecía inconcebible que alguien de aquel regimiento hubiera tenido la estúpida idea de robar un fusil descacharrado, porque nuevo no había ni uno. En cuanto a la posibilidad de alguien de fuera, alguien ajeno al cuartel, no lo creía probable. Sin embargo, el discurso de Cerón iba exclusivamente dirigido a la eventualidad de un robo interno. Era absurdo.

Salvo la guardia, se formó a toda la tropa en las baterías y se procedió al registro minucioso de los cuartos y rincones del edificio.

A la entrada de la nave de la segunda batería se levantaba el armero, un ominoso mueble de madera basta pintada de negro donde descansaban los fusiles. Como un grito, como una denuncia, se advertía el hueco entre dos “cetmes”. Era una ausencia estentórea. Era el “cetme” del cabo primero pelirrojo. Algunos de sus compañeros le miraban con ojos de poca conmiseración. Se le iba a caer el pelo por fin al hijoputa. A mí me parecía aquello algo

extravagante. No es que lo sintiera así conscientemente. Se trataba de un aviso en tono bajo. Algo no casaba.

El brigada Benítez ordenó a la tropa formada,

Cada uno delante de su taquilla, abierta de par en par.

Mi mirada se cruzó con la de Vicente. Y descubrí la trapacería.

Se trataba de registrar las taquillas de los conjurados. Habían urdido una excusa para hacerlo sin que los soldados sospecharan las sospechas de los mandos. ¿Qué sospechaban los mandos? ¿Qué importaba a los mandos que la tropa sospechara que sospechaban? ¿Consistía la sospecha en que Miguel, Antonio y Vicente, ocultaban resmas de folletos subversivos en sus taquillas? ¿Temían que la tropa pudiera amotinarse sólo con leer aquellas incitaciones? ¿A qué se podía incitar salvo a sueños y promesas? ¿Qué corazón proletario o campesino podía arder en llamas revolucionarias con la sola lectura de aquellos delirios militantes?

Al completarse el registro, infructuoso, me

dominaba una rabia sorda, aunque creo que se la oía rugir desde el fondo de mi alma.

Evocación taurina

El “cetme” apareció al día siguiente, en una de las cochineras, la del verraco o cerdo reproductor, una verdadera joya de la fauna ibérica que trabajaba para nuestra nutrición.

Jamás he comido tanto y tan buen cerdo como en mi época de mili, y eso que lo que dejaban para el rancho era el sobrante de cada animal sacrificado, una vez repartidas entre los mandos sus partes más sabrosas.

El arma la encontró Floro.

Lo habían robado. De verdad insistía Honorio, a quien encontré esperándome en el “España” la tarde del hallazgo.

Pero, ¡qué coño! ¿No te diste cuenta de que era un pretexto para registrar las taquillas?

A lo mejor les sirvió de pretexto, Pero el “cetme” había desaparecido realmente del armero. Floro lo sabía. Y sabe quién lo cogió. Y creo que también sabe por qué.

Yo le miraba perplejo. Honorio estaba

preocupado, muy preocupado. Le tomé en serio. Imaginaba yo la gravedad que podría adquirir aquel asunto del “cetme” tan mal robado. Y en especial bajo la presión de una agitación social que, sorda, se percibía mucho más que si se estuviera proclamando a gritos en todos los medios de comunicación. ¿La sublevación espontánea del Ferrol había por fin llegado a R.?

Sin embargo, me equivocaba. No era la desaparición y hallazgo de un arma lo que turbaba al cabo primera. No pudo aguantar más.

Socorro me pone los cuernos.

Se inclinó fingiendo buscar algo sobre el churretoso mármol de la mesa, y se echó a llorar.

No me sobrecogió tanto la brutal revelación de Honorio como las palabras que había usado. Si me hubiera embestido e hincado en el pecho los cuernos invisibles que coronaban su cabeza, no me habría producido tanto daño. Era la primera vez que escuchaba yo a un hombre confesar que era víctima de un engaño sentimental. Cuernos. ¡Cuerno

quemado! ¡ Cuerno de Satanás! ¡Infierno del burlado! Astas de buey, de reno, de antílope. Almacenes de cuernos en todas las habitaciones de la casa del timado. Sonoro choteo de esquilas.

¡Cómo me dolía! Me habría abrazado a Honorio, pero se interponía entre los dos la mesa de hierro forjado y tablero de mármol roto. Habría insultado, golpeado a Socorro tanto como él lo hubiera hecho.

¡Y quien era el obsceno traidor! Su jefe, su propio jefe y jefe a su vez de Socorro. Aquel que empleaba a los dos. Un empresario aparentemente honrado, con familia.

Días atrás, Honorio tenía un servicio de guardia fijado con gran antelación por el previsor Floro. Pero cuando se presentó en el cuartel para el relevo a primeras horas de la mañana, un compañero, que lo tenía para un día después, le rogó el intercambio, porque debía hacer algo ineludible la mañana siguiente. Honorio aceptó, pero considerando perdido laboralmente el día, a su vez se ofreció a sustituir a otro cabo primero en el servicio de vigilancia.

El servicio de vigilancia era un chollo. Consistía en salir a la ciudad como policía militar. Es decir, consistía, una vez más, en no hacer nada, paseando el palmito por las calles por si a algún “chorchi” se le ocurría hacer una trastada y había que arrestarlo, algo tan improbable como la caída de un meteorito en el despacho del coronel.

En lugar de emplear laboralmente aquella tarde, pasaría un rato pegando la hebra con la novia en la oficina, y a lo mejor ponía en orden algunos papeles de su propio trabajo, mientras su compañero de ronda se tomaba un café en el bar de la planta baja.

Tenía que haberla avisado de que iría sollozaba Honorio en medio del salón lóbrego del “España”.

El humo del tabaco y la mugre secular envolvían su figura empequeñecida, como trasgos y diablasas evolucionando en torno a un ser atormentado. Era la viva imagen de un aguafuerte de Goya. Yo miraba de reojo y con horror las pinturas *naif* y los calendarios de las paredes, todos de temas taurinos. Quise sacar al

cornudo de allí, pero no había manera, estaba anclado a la mesa, a su miseria, a su desesperación.

El infeliz no se daba cuenta de lo que decía. Habría preferido ignorar la traición. Me hablaba en catalán.

Ara què faig, ara què faig, Déu meu?

Al subir por las escaleras de la oficina, Honorio había creído escuchar unos raros bufidos, unos incoherentes gemidos.

Me hizo gracia — contaba el desgraciado —. Era como un niño jugando. Quizá un hijo del jefe, pensé.

Se le ocurrió dar una sorpresa, hacer una broma al chiquillo. Terminó el tramo de escalera con cautela felina y abrió el piso con su llave conteniendo la respiración.

El ruido, ¡la traición!, venía del despacho del jefe. Socorro no estaba en su mesa. Bueno, estaría dentro, con el niño.

Me di cuenta de todo cuando tenía la mano en el pomo de puerta y empezaba a abrirla. Fue como si me hubiera caído un

relámpago encima, como si aquella puerta estuviera conectada a un enchufe y me hubiese transmitido un calambrazo al empujarla. Es que no me dio tiempo ni a cambiar la expresión, la sonrisa imbécil con la que quería hacer la gracia.

La descripción que me hizo Honorio de la escena fue minuciosa, de perito judicial. Eran dos traidores, un hombre y una mujer, capturados por la verdad, iluminados por la luz plana, cegadora de los ojos de un arcángel desarmado, lleno de decepción más que de ira.

El grito no salió de la boca de Honorio, sino de la de Socorro. Si Honorio hubiese chillado, si se hubiera abalanzado sobre la pareja y los hubiera molido a golpes, habría cancelado la ignominia, al menos en lo que se refería a él. Sin embargo permaneció clavado en la puerta, apretando el pomo con tanta violencia que le quedó un dolor en la mano durante varios días.

Se separaron los amantes con una especie de chasquido, el de una silla al caer. Dos cuerpos repugnantes, a medio vestir, sudando

de vergüenza y de miedo. Socorro se compuso la ropa con habilidad de prostituta estas terribles palabras son de Honorio , le miró y extendió un brazo hacia él. En los ojos tenía una expresión de pena tan profunda que sobrecogió a su novio.

¡Qué podía hacer él! *Què podia fer ell!*

Dijo que levantó la cabeza, con el mentón hacia la ramera, y que de pronto ejecutó un movimiento grotesco, se cuadró y se llevó la mano abierta a la sien. Saludo militar a la alta traición. Castigo, el fusilamiento, el abandono, el olvido total, la muerte real del amor, la muerte simbólica de la pareja.

Luego, giró lentamente sobre sus talones y atravesó la oficina, seguido de Socorro, que se arrastraba en silencio sobre los pies, con su pelo hirsuto revuelto, oscurecido el azul de sus pupilas por la vergüenza, el brazo extendido, casi tocándole la espalda con la punta de los dedos. Al llegar a la escalera, ella se detuvo en el rellano, con los ojos clavados en la espalda hundida del hombre que acababa de perder.

No quería tocarla. Sabía que no la iba a

volver a tocar.

Por fin le saqué del "España". Salimos a la calle. Al pasar por delante de una ventana enrejada, nos envolvió un aroma de jazmín. La mata se enroscaba zalamera en los hierros. Yo estaba conmovido y tenía pensamientos poéticos como, “el mundo sigue su inercia azarosa, y el pesar y la dicha de los seres humanos son el pañuelo con que envuelve su cuello de cíclope torpón y miope.”

Te licencias dentro de nada, Honorio. Hazte fuerte. El mundo está lleno de tías honradas.

¿Y a mí, qué?

Mi cabeza cambió el registro poético por el filosófico. Puede que el mundo sea una mierda y los hombres y las mujeres unos cobardes. Pero algo nos ha hecho fuertes. ¿No?

¿Es imprescindible la justicia, la distributiva, la equitativa, la conmutativa, para que el ser humano viva desahogadamente? ¿Dónde está ese paraíso, a ver, que me lo diga alguien? Podemos sobrevivir sin moral. Aguantamos la traición, la estafa, la connivencia

del interés y el lucro por encima del interés común. Cómo, no lo sé. La mayoría de las personas nos aferramos a unas convicciones para superar decepciones graves. Pero eso no significa que la mayoría de las personas tengan convicciones. Las convicciones se pueden adquirir, se ponen a la venta. En este mundo ya nada es seguro, tu padre te intenta hundir, tu novia te deshonra.

Tamañas ideas saltaban desde una profundidad oscura y atravesaban mi conciencia como balas trazadoras. La tragedia de Honorio las había disparado.

Perversa constancia

Poco después, Honorio terminó su mili. Con la blanca en la mano, la cartilla militar en la que se registraba la licencia, festejaba el acontecimiento con nosotros. Nos tranquilizó oírle afirmar,

Quiero recuperarme a mí mismo.

Honorio no se marchó de inmediato a Badalona. ¡Cómo se iba a ir, si tenía un trabajo que concluir!

No me refiero a la desleal Socorro, sino al jefe adúltero.

Quien conozca a los catalanes sabe que su verdadero hecho diferencial no es la lengua, sino la resistencia a una adversidad con frecuencia creada por ellos mismos. Sin calamidades, sin agresores, Cataluña pasaría tan inadvertida como Palencia, donde también hay hombres cabales y laboriosos, y no podría a tornar a ser *rica i plena* desde la estimulante derrota.

¿Había adquirido Honorio esta virtud por contagio o por propia voluntad?

Siendo un *xarnego*, se había convertido sin poder evitarlo y acaso sin saberlo en un *català* de *debó*. Había asumido los valores patrios del trabajo y la familia, compuestos de la misma sustancia: el compromiso, la entrega, el sacrificio; o la prevaricación, el abuso, la estafa. Depende de la naturaleza moral del individuo. En este caso, destruida la sustancia familiar, la del trabajo permanecía intacta. Al menos, a ojos de Honorio. Sobre este resto tenía que reconstruir su invulnerable tuétano neocatalán.

Armado de una perversa constancia Honorio acudió a la oficina, y atendió a sus obligaciones con ostentoso desprecio a cualquier interferencia emocional. Protegió su corazón del sufrimiento de tratar cada día con los adúlteros. Para su sorpresa, no fue ningún trago, sino un oscuro motivo de satisfacción. A Socorro se le había contraído el rostro por la vergüenza, su mirada era vidriosa, su nariz, más larga. En la cara del jefe lo que había era preocupación y miedo. La frialdad de Honorio había hecho temer al adúltero una jugarreta. Imaginaba una extorsión, que Honorio le pidiera algo por callar. Se lo confesó.

Estoy en tus manos. Si mi mujer se entera será un escándalo.

¿Un escándalo? preguntó Honorio perplejo.

Pero el jefe no dio ninguna explicación.

¿Vas a volverte a Barcelona? le interrogó sin disimular la ansiedad.

¿Quieres que me vaya y deje todo a medias?

Honorio se refería a asuntos comerciales que ya había iniciado.

Bueno. Acaba lo que tengas en marcha.

El jefe le miró a los ojos con dureza .
¿Quieres algo?

Honorio no se esperaba este recelo. Ni siquiera se dio cuenta del poder que en esos momentos tenía sobre su indefenso jefe.

El finiquito. Lo que me corresponde.

Brotaba de él el *català amb seny*, no el *pocaverkonya*.

El jefe pareció tranquilizarse. Bajó la cabeza, y al levantar la mirada del suelo hacia Honorio, descubrió éste en las pupilas del adúltero un velo de miseria, como si hubieran recogido toda la suciedad y el polvo de las antiguas baldosas castellanas.

Lo siento murmuró el adúltero.

Honorio mantuvo la mirada hasta que el otro la retiró y comprendió que había llegado el momento de olvidarse de todo, de marcharse.

El fantasma del comunismo

La inquietud obrera llegaba a la ciudad castellana en mansas oleadas. La marejada iba perdiendo fuerza en los arrecifes de otras ciudades industriales, violentamente sacudidos.

La revuelta que conmocionó a El Ferrol del Caudillo el 10 de Marzo era el centro de aquella borrasca. Lo curioso es que, a medida que se alejaban de su epicentro, esas ondas no perdían su vigor, sino que provocaban pequeñas tempestades.

En el cuartel, por ejemplo. La ciudad en la que estaba instalado no tenía más industria que la de los talleres de automóviles, alguna forja, media docena de bodegas y una fábrica de conservas. En total, dos, trescientos obreros. Desperdigados, desorganizados, inconscientes de la ansiedad que causaban en las fuerzas urbanas y suburbanas del Régimen.

La algarada de El Ferrol del Caudillo no había despertado la tenue conciencia proletaria de la ciudad castellana, pero sí había encendido el miedo. Un miedo injustificado que empapaba el combustible aparato local del Régimen,

siendo el ejército una cisterna llena de petróleo. Había que evitar a toda costa que estallara la revuelta y transformara el pacífico paisaje en un infierno.

Aquella fiebre fue realmente dura. A mí mismo, la palabra comunista me ponía los pelos de punta. Ni siquiera la evidencia de que aquellos peligrosos monstruos no eran otros que mis inocuos compañeros Miguel, Antonio y Vicente, desactivaba este resorte de pánico. La atmósfera de locura fue tan densa que yo imaginaba escenarios absurdos, como que les podrían hacer un consejo de guerra sumarísimo y fusilarlos en las tapias del cuartel, en la parte del huerto de patatas, cebollas y tomates recién plantados, que quizá germinaran más rápido con su sangre roja incandescente. Las palabras que empleaba Cerón y las dimensiones de su preocupación abocaban a tan disparatados augurios.

El paroxismo se alcanzó con una información policial que vinculaba a Antonio con un ciudadano de R. sospechoso, qué digo, miembro activísimo, del P.C.E.

Me enteré al escuchar una conversación que, imprudentemente, mantenía Cerón en su despacho con un elemento de aspecto proxeneta, el policía que le había traído los terribles informes. La puerta estaba abierta, y a los dos incompetentes no parecía preocuparles esta brecha por la que podía escaparse la eficacia del secreto. Era la segunda vez que me pasaba algo parecido, después de los insultos que pronunciaron contra Floro dos oficiales delante de mis narices. Sabían que otros soldados y yo estábamos cerca. Una de dos, o tenían una fe ciega en nosotros, cosa dudosa, o nos consideraban incapaces de entender el alcance de su connivencia. En estas jerarquías tan arbitrarias el superior suele estar convencido de que el inferior es gilipollas.

La suerte de Antonio parecía echada.

¡Y a mí qué me importaba! Era mi propia suerte la que debía ocupar mi ingenio, mi cabeza, mi habilidad estadística, no la de otros que, voluntariamente, se habían metido en un berenjenal político.

Yo no podía intervenir en aquella

jugarreta del azar. Eran ellos, los conjurados, quienes estaban convencidos de que la historia tiene un destino. Materialismo histórico, determinismo de clase. Lo que fuera, como quisieran llamarlo. Pero era cosa de ellos, no mía. ¿Podía yo acaso ejercer la más mínima influencia en el resultado del encuentro entre el Sporting de Gijón y el Español?

¡A mí, qué!

¡A mí, qué!

Cuanto más me repetía estas palabras, más repugnancia sentía hacia mí mismo.

Disparos en la noche

Una tarde no pude soportar más la inquietud, llamé por teléfono a Honorio y me cité con él.

¿Quién es Menganito?

Un librero. Tiene una librería en la calle José Antonio me informó.

¿Es comunista?

Tiene fama. Su padre era un rojo de aquí, que fusilaron al acabar la guerra.

Pero, ¿ha hecho algo él? ¿Tiene una célula comunista, una imprenta clandestina? ¿Hace agitación entre los obreros?

¿Qué obreros, *nen!* Exclamó Honorio. Notó que yo estaba muy excitado ¿De qué me hablas?

A Cerón le han informado de que Menganito es el contacto del Partido Comunista con Antonio suspiré yo como librándome de un peso muy amargo.

¿Y qué?

¿Son comunistas? ¿Lo sabías? me pasmé yo.

No tengo ni puta idea. ¿No has visto nunca a un comunista?

Yo iba a confesar que no, con la contundencia de un cristiano viejo ante la Santa Inquisición, cuando me percaté del cachondeo de Honorio.

Los que yo conozco no tienen rabo ni huelen a azufre.

¿Tú conoces a muchos comunistas? pregunté yo con un acento de mosqueo.

Bueno, del P.S.U.C.

El P.S.U.C. era, qué iba yo a saber, un pequeño sabio de las quinielas, el *Partit Socialista Unificat de Catalunya*, que en Badalona tenía fuerte implantación en las fábricas. Honorio estaba tan familiarizado con sus militantes como yo con el estanquero que sellaba mis boletos.

Confesé a Honorio mis escrúpulos. Me dijo que procuraría averiguar en la comisaría el alcance del asunto. Un primo suyo era inspector de policía. Me recomendó que, entretanto, yo no hiciera nada, que no insinuara nada, pues el propósito evidente que ni siquiera yo quería reconocer era advertir a Antonio.

Otros lo hicieron por mí.

Una noche que a Antonio le había tocado el turno de vigilar por nuestra seguridad, el brigada Benítez ordenó al cabo, delante de todo el cuerpo de guardia, que no pusiera a Antonio en el polvorín aquella madrugada.

Porque a los comunistas no hay que darles la oportunidad de volar el cuartel.

Benítez estaba más ebrio que de costumbre, con su nariz de pimienta morrón y su lengua trabada. Parece ser que Antonio se puso blanco como la escayola. A mí, cuando me lo contaron al día siguiente, me pasó lo mismo.

La cosa no acabó ahí.

Benítez estaba furioso, le habían suspendido en el examen de ascenso a teniente. A Floro, también. Pero éste había quedado por delante de él, con alguna probabilidad de posterior repesca.

A las dos de la mañana, Benítez tenía una merluza de campeonato y salió trastabillando de la alcoba del oficial. Atravesó el zaguán hacia el cuerpo de guardia casi cayéndose cada dos pasos. Se encaró con el cabo, que apenas había tenido tiempo de amarrarse las cinchas al saltar del catre en el que dormía, y le ordenó:

Suba a la segunda batería y tráigame un “cetme”.

El pobre chico se quedó paralizado.

¡Que suba a la segunda batería y me

traiga un “cetme”, le digo, cacho idiota! ¡Soy el oficial de guardia! Estoy al mando de este regimiento. Si me sale de los cojones toco diana y salimos todos a la caza de comunistas, coño.

Al decir esto último buscó con la mirada a Antonio, pero no le halló porque estaba de puesto en una garita de la tapia.

A sus órdenes, mi brigada.

El soldadito salió corriendo, y al doblar la esquina del patio se detuvo. Volvió la cabeza. El brigada borracho no estaba a la vista. Tomó aire. Se ocultó entre los arcos del claustro y resolvió dejar pasar el rato. Después de unos minutos volvió al cuerpo de guardia. Benítez roncaba en un banco, al lado de la chimenea. Era el único que dormía, todos los soldados del servicio estaban despiertos y en pie al lado de las desvencijadas literas, en un silencio de los llamados ominosos.

¿Qué vas a hacer? susurró el Turuta, uno que tocaba la trompeta en la banda.

¿Por qué no te insubordinas, macho? A lo mejor te conviertes en un héroe. Tiene una merluza de cojones comentó otro de los

soldados de guardia.

¿Y tu padre, qué tal mea? respondió el cabo, siempre con susurros.

No tardó en despertarse el militar beodo. Lo hizo de golpe, como un felino.

Pilló in fraganti al grupo de soldados que le escrutaban como si vigilaran a un bicho peligroso. Pero no dijo nada. Miró al cabo, que se cuadró ante él con el corazón a punto de salirse por la boca.

¿Alguna novedad?

Sin novedad, mi brigada.

Benítez volvió a recostarse, cerró los ojos y enseguida se puso a roncar.

En el cambio de turnos, al regreso de Antonio, el brigada Benítez se despertó.

Venga usted conmigo le dijo al conjurado sin que se adivinara ningún propósito en su orden.

Le metió en la sala de banderas. Desde el zaguán se les veía a través de la cristalera.

Le hizo ponerse “firmes” ante la enseña

del regimiento. De algún lugar sacó una botella y se sirvió un vaso, y luego otro.

El cuerpo de guardia en pleno sufrió una sacudida de terror cuando vieron a Benítez coger el cinturón con la pistolera.

Se limitó a colocárselo.

Luego, salió seguido de Antonio, que parecía un corderito presto a ser sacrificado, aunque en su ceño había una marca de odio. El cabo intentó seguirlos y Benítez le ordenó que volviera al cuerpo de guardia.

Los dos se perdieron en la oscuridad, más allá del claustro. La noche, que era fría, se volvió un bloque de hielo. De pronto sonaron dos estampidos. Bang. Bang.

El cabo y el resto del cuerpo de guardia echaron a correr en dirección a las cochineras, de donde procedían los tiros. Volaron, movidos por los malos presagios.

Y encontraron al brigada Benítez recostado en la sucia valla de la alcoba del verraco reproductor, con la pistola en la mano. Le iluminaba una pobre bombilla de 25 watios

colgada de un clavo hincado en una viga. La luz que derramaba era amarilla y sobre la piel verdosa del brigada hacía un efecto tenebroso. Benítez estaba sonriendo, pero al ver a los soldados mudó su salvaje alegría en una fingida furia.

¡Ha sido él! ¡Ha sido él!

Y agitaba el arma señalando a Antonio que, a unos pasos, permanecía en posición de “firmes”, con una mueca de rabia, apretada la quijada, los ojos fuera de sus órbitas.

En su pocilga, el verraco agonizaba chillando y pataleando en una sórdida penumbra.

Benítez se debió dar cuenta de que tenía la pistola en la mano y la soltó. El arma se hundió a sus pies en un charco de cieno y excrementos.

El cabo se agachó y la recogió. Apuntó al cerdo entre los ojos y apretó el gatillo. El animal se estiró y se contrajo como un muelle. Durante unos instantes hubo un silencio todavía más ominoso que el de antes y, además, perfumado por la pestilencia de la porqueriza.

Después, el chico se volvió a todos y comentó con la autoridad y la sorda ira de un matarife profesional agraviado,

No se le puede hacer esto a un verraco.
¡Dios!

La versión de Antonio, que no consta en ningún informe del cuartel, es que Benítez le dijo que le iba a demostrar cómo había que tratar a los cerdos comunistas. Al llegar a la pocilga, empezó a gritar a sus desasosegados habitantes que se pusieran “firmes”. Se encaró con el verraco. Le ordenó que le saludara. El animal se hizo el desentendido. De pronto el beodo le increpó con voz cavernosa, le amenazó, y ante la tozudez de la bestia, que se obstinaba en no obedecer, sacó la pistola y le descerrajó sin mirar dos tiros, balbuceando en una carcajada loca,

Esto es lo que se merecen los comunistas insurrectos.

La versión de Benítez es que Antonio le había arrebatado el arma y había matado alevosamente al animal. Tampoco consta.

Durante unos días comimos diversos

menús porcinos que improvisó el sargento de cocina para felicidad del regimiento.

Materialismo histórico

La excitación huelguística que vivía España era muy inferior en cantidad y cualidad al efecto que producía en las perturbadas mentes de la jerarquía militar del regimiento, y pasó a un segundo plano durante unos días. La heroica defensa de los valores nacionales hecha por el brigada Benítez ante la turba puerco-bolchevique se transformó en una pesada nube que envolvía el cuartel desde el toque de diana al de silencio, y aún por la noche, como niebla oprimiente.

Benítez desapareció del regimiento. La obsesión del S.I.M. por Antonio y por el resto de los conjurados pareció disolverse. Mientras duró este engaño, yo me centré en mi negocio y me distancié de la rutina militar.

Una mañana escuché en el bar de oficiales algunos retazos de conversación entre el brigada Floro y el capitán Cerón. En resumen, el jefe del S.I.M. sondeaba a Floro sobre su disposición a sacar a la luz la contumacia

comunista de Antonio para que pudiera ser castigado debidamente. Floro de un modo rotundo, aunque respetuoso de la jerarquía, se negó. Su argumento era que los comunistas podían hacer lo que les viniera en gana fuera y dentro del cuartel mientras sus acciones no afectaran el orden establecido de las cosas; que si alguna vez se topaba con un comunista en la calle haciendo subversión, procuraría ayudar a las fuerzas del orden, pero sin interferir en su trabajo, y que lo mismo valía al contrario, la policía no podía decirle a los militares lo que tenían que hacer en los cuarteles, era una cuestión de orgullo profesional. Pero que, ahora bien, si un comunista ejercía de tal en su regimiento, le perseguiría sin piedad. En el ejército no había ideologías ni opiniones, sino lealtad a la Patria y obediencia al mando.

En algún momento me pregunté si en lugar de una conversación aciaga entre dos soldados, lo que hacía Cerón era someter a Floro a un examen teórico, a la repesca famosa para el grado de teniente. Pero el rostro contraído de los militares manifestaba que aquellas palabras procedían de un fondo muy

oscuro.

Hablaron también de Kepa, pero ahí ya no presté atención.

Kepa había vuelto de su permiso y se había reintegrado a su puesto de furriel. Su estado de ánimo era una mezcla de exaltación y de abatimiento. No es que fuera de uno a otro extremo emocional, sino que ambos convivían en el mismo espacio de su corazón. Hacía varios días que no me encontraba con él. Pensé que habría vuelto a intervenir su tío el cargazo del banco de Bilbao.

Me ordenaron que llevara un almuerzo al cuarto de banderas. Al salir de allí, me entretuve un rato con el cabo de guardia en el portón del cuartel. La hilera de enormes plátanos que decoraban la fachada del edificio empezaba a verdecer. El jardín de enfrente, plantado de moreras y de almeces, revivía. Brotes de hojitas poblaban el ramaje seco de aquellos árboles. Los mismos cuya amenaza esquelética me había dado la bienvenida a mí y a los reclutas que llegábamos destinados a él desde Madrid, una infernal madrugada de invierno.

Ahora la atmósfera era cálida, bañado el mundo de un sol bondadoso e ilustre. Esta sensación, y la defensa de su amor propio que había hecho Floro ante Cerón en el bar de oficiales, me llenaron de una tranquilidad seráfica, de una seguridad imposible. El cielo, esa entelequia con cuya promesa nos obsequiaban en la infancia al instruirnos el catecismo, se materializó en mi conciencia en aquel instante.

Duró exactamente un instante esa felicidad efímera como gota de orvallo en pétalo de flor, en oposición a la tristeza tan larga que no tiene fin. De un golpe se me echó encima la *quarta feira* de la *bossanova* de Vinicius de Moraes, el Miércoles de Ceniza.

Fue algo que escuché de un soldado dirigiéndose a otro en el cuerpo de guardia. Era sobre Kepa.

Me agarré a la bandeja que llevaba en la mano, y que me sirvió de estabilizador. En un momento la existencia se había vuelto un océano tempestuoso. Recuperado el equilibrio físico, di un par de zancadas y me asomé a la

estancia. El perfume de todos los olores corporales imaginables me dio la primera bofetada. La segunda, uno de los que hablaban de Kepa.

- ¡No me jodas que no lo sabes! Es un prófugo. No ha vuelto del rebaje. La guardia civil le ha ido a buscar a su casa, y no estaba. Se ha escapado con la E.T.A..

Aquello era imposible. ¡Cómo podía haberle hecho eso a su tío, que había dado la cara por él! ¿O es que el banquero era un agente terrorista?

Cuando me calmé, comprendí la jugada de Kepa. No había dejado mal a su pariente. Había vuelto del permiso, durante el cual habría preparado la fuga. Y en el primer rebaje, había aprovechado para desaparecer. ¡Con la E.T.A.!

¡Cielo Santo! En España estaban pasando cosas fuera de toda medida, de toda previsión, de todo orden.

No. Pero a mí no me podían quitar mi medio de vida. Al menos mientras yo continuara militarizado. Mi sueldo dependía de las quinielas. ¿Serían capaces la inestabilidad

social, los estados de excepción, los jodidos comunistas y los incompetentes franquistas de dejarme a mí sin recursos? Imposible. ¿Acabar con el fútbol? Mi mujer se ganaba bien la vida como secretaria de dirección. Pero yo no quería deberle nada a nadie. Ni a mi padre ni a mi esposa. Yo dependo de mí mismo. Me enfrentaré al materialismo histórico. La historia no puede interferirse en mi vida. ¡Me cago en la historia!

Ofensiva anticomunista

La tempestad había vuelto a enseñorearse del regimiento, y todos nos sentíamos esquifes indefensos, especialmente los conjurados y yo mismo. Antonio parecía el menos afectado, sin embargo. Había una dureza glacial en su mirada, una determinación manifiesta. A autoinmolarse, pensaba yo. Pues que le parta un rayo.

A través de un soldado de los que disfrutaban rebaje, es decir, que iban a dormir a su casa en la ciudad, Honorio me citó en el “España”.

Se marchaba a Badalona al día siguiente.

Irradiaba una satisfacción, una energía, una fe en el futuro que hacían daño, que insultaban a los siervos como yo, en uniforme. Hacía casi un mes que se había licenciado, y su cuerpo y su alma habían perdido todas las aristas militares, era un hombre redondito, libre, un civil. Sometido a las leyes de excepción, eso sí. Pero, qué importaban las leyes de excepción a una persona que no necesita de las convicciones políticas para seguir existiendo. La burguesía catalana en bloque esperaba a Honorio con los brazos abiertos. *Catalunya triomfant* tornaría a ser *rica i plena* gracias a *xarnegos* como Honorio y a su capacidad para transformar derrotas en victorias, fecundas raíces clavadas como astas en el suelo fértil de la *pàtria*.

Hay que convencer a Antonio de que se transforme en un petate.

Ese fue el dictamen de Honorio después de escuchar mis informes sobre la alborotada atmósfera del cuartel, que casaban con los que él había recibido de su pariente en la comisaría.

Se trataba de una acción de castigo, de un escarmiento arbitrario. Parecía ser que el

capitán general de La Coruña se había comprometido con los huelguistas de la Bazán, en lo más álgido de la crisis, a mantener el ejército en los cuarteles del Ferrol. El sentido común de aquel hombre había limitado a dos el número de muertos en las algaradas, y había facilitado la desactivación de la huelga por motivos naturales. Pero otros militares estaban resentidos. Las fuerzas más negras del franquismo intrigaban para que se desatara una represión generalizada, un descabezamiento de la marea social que se levantaba aquí y allá.

En algunos cuarteles, ciertos alféreces y sargentos de complemento —estudiantes que hacían la mili en campamentos especiales y luego servían como mandos— estaban sembrando la semilla de la sedición. Por su parte, el Partido Comunista soliviantaba a la tropa allá donde contaba con elementos dispuestos a jugarse el tipo. Se habían producido algunos plantes en comedores. En ciertas formaciones se levantaron silbidos y siseos contra la brutalidad de determinados oficiales. Había que cortar todo esto antes de que se transformara en amotinamientos

generalizados, en un alzamiento comunista.

Tan demencial panorama, tan desquiciadas razones enunciadas con circunspección por el civil Honorio estaban helando mi cuerpo y mi alma tan poco marciales.

En realidad es una fiebre explicó Honorio . Mi primo dice que es una fiebre. Que están exagerando. Pero que los que tienen la sartén por el mango aprovechan estas circunstancias para fortalecer su posición. Mi primo sabe de política. Tiene amigos socialistas y comunistas.

Joder. Si es policía. Es su obligación exclamé yo, soltando presión de vapor de mi sobrecogido corazón.

¡Qué va! No es un espía. Es un tío inteligente. Dice que hay que apostar por la izquierda, que el futuro es de la izquierda.

¿Y con Antonio, qué pasa?

Pues que si hace una tontería le trincarán y le utilizarán de chivo expiatorio. Los franquistas recalcitrantes dirán “Ahí tenéis la

prueba de que el comunismo se está moviendo en los cuarteles”.

Lo tenemos claro.

Yo estaba abatido. Me daba igual Antonio, Menganito el librero, Miguel, Vicente y la madre que les parió.

¿No podrías hablar con él? Convencerle de que no se mueva, de que se convierta en un petate.

¿Quién? ¿Yo? Está convencido de que soy del S.I.M. ¿Un agente del S.I.M. advirtiéndolo a un rojo? Hará exactamente lo contrario. Pensará que le estoy tendiendo una trampa.

Pues habla con Miguel y con Vicente. Quizá ellos te tomen en serio. Tienes que hacer algo. Si no, a ese chico le va a caer un puro que le va a partir la vida sin haber hecho nada por merecerlo.

Que no se meta en líos — protesté.

¿Tú crees que está metido en líos? Es un idealista. No vive en el mismo mundo que tú y que yo. No tiene los pies en el suelo. Cree que la historia está de su parte, que es una columna

blindada que conduce inexorablemente hacia un futuro justo.

Bueno. ¿No dice tu primo que el futuro es de la izquierda?

Pero no de esta izquierda, hombre.

Entonces, ¿cuántas izquierdas hay, coño?

Mi irritación era tan apabullante, tan dueña de mí, y por contagio de Honorio, que decidimos cambiar de tema. Honorio me quería invitar a merendar.

Es que tengo por terminar la quiniela de esta semana. Con tanta agitación, la tengo a medias. Es mi trabajo. Es mi sueldo.

En realidad quería quedarme solo. Necesitaba estar solo, zambullirme en mí mismo, encontrar ese rincón de mi soledad en donde me sentía tan cómodo.

Y entonces es cuando hizo acto de presencia en el “España” una aparición.

Socorro estaba empujando la churretosa puerta con su manita blanca. Su cuerpo modosito emitía un no sé qué de desafiante.

Supongo que era una manera de disfrazar su vergüenza ante mí, a quien sabía conocedor de todo el escándalo.

Se viene conmigo a Badalona me comunicó Honorio en voz baja mientras su recuperada novia se aproximaba.

El caos de la vida

Caos es desorden, imprecisión, entropía. La vida es caótica porque carece de patrón. Vivir es algo parecido a flotar en un océano de caos. Nos aferramos al timón del esquife de nuestra existencia intentando poner un poco de precisión en el azar. Conseguirlo es una cuestión de conocimiento, de experiencia, de intuición, pero sobre todo de suerte.

Del caos de la vida nadie puede escaparse. A nuestro devenir, los seres humanos le atribuimos una cualidad no aleatoria. Decimos que cada individuo se forja su propio destino.

Algo así es lo que yo pensé mientras se acercaba Socorro a nosotros, mientras la saludaba con unos besos. ¡Qué besos tan extraños! Me pareció que rozaba mis mejillas con las de una estatua de piedra.

Honorio estaba feliz, seguro de poder influir en su destino. Yo, a pesar de que aquellos besos intercambiados con Socorro me habían anunciado cosas aciagas, me habría puesto en el lugar de Honorio. Cualquier cosa antes que afrontar ese cruce entre el destino de Antonio y mi conciencia.

Sin embargo, hablé con Miguel. Le comenté todo lo que me había recomendado Honorio y cuanto sabía de la conspiración militar contra Antonio. Ni por un instante me sentí un reo de alta traición a la patria, y tampoco un conspirador comunista. Sabía que me estaba metiendo en un lío, pero en lugar de intranquilizarme, la conversación con Miguel me apaciguaba.

El conjurado me confirmó mis peores sospechas.

Antonio está como ofuscado. Quizá es que la aventura con Benítez le ha alterado la percepción de la realidad — decía Miguel.

Pero si le adviertes tú, es posible que te haga caso, o que vuelva a poner los pies en el suelo un segundo.

No sé. Esto puede ser..., los planes..., la situación política...

Miguel dudaba de un modo que despertó mi susceptibilidad. Me sacudió una oleada de pánico.

¿No estaréis tramando algo?

¿Algo? Pero si ni siquiera sabemos qué pasa en Madrid. Esto es lo que más altera a Antonio.

¿En Madrid?

Sí. Se están cociendo cosas. La oposición se reúne, se propone acciones conjuntas, se separa, se divide... ¿Qué vamos a tramar aquí, en un cuartel sin importancia estratégica!

Era la primera vez que Miguel me hablaba así. Me tomé en serio lo que decía. Había una vida política, grupos de personas, el banquero tío de Kepa, individuos muy ricos y muy poderosos que intentaban poner un poco de orden en el caos del Régimen, que estaban forjando el destino de España. ¿Qué papel jugaban en este escenario mis amigos los

conjurados y tantos otros conjurados dispersos en fábricas y cuarteles y oficinas de todo género? Aquello me intrigaba. Pero no me convenía saberlo. Lo mío eran las quinielas y el derecho penal.

No quiero entender nada de eso, Miguel. Pero es mejor para todos, para vosotros, para mí, que Antonio se tranquilice, que se convierta en un petate, como dice Honorio.

Veré lo que puedo hacer — dijo Miguel muy reflexivo. Y cuando parecía que habíamos acabado de conversar, me reveló algo escalofriante . Creo que Antonio tiene un paquete de “Mundos Obreros” en la taquilla.

Al principio lo de “Mundos Obreros” me sonó a “la guerra de los mundos” o a “obrerros en camiseta haciendo gimnasia”, un documental o una novela. Pero cuando Miguel me explicó qué cosa era un “Mundo Obrero”, el periódico del Partido Comunista de España, me sentí perdido. Estaba en un laberinto. Era increíble, los obreros y yo en el mismo saco.

El otro día, Antonio me llevó a su batería, abrió la taquilla y sacó de un paquete

un ejemplar de “Mundo Obrero”. Contenía información sobre lo de El Ferrol. Yo no sé si Antonio tiene intención de repartir el resto en el cuartel. Supongo que no. Quizá lo que quiere es pasárselos al librero.

Eso es una locura. ¿Y qué has hecho con el ejemplar que te dio?

Leerlo y destruirlo. He tirado trocitos de cada hoja en todas las letrinas del cuartel. Me he asegurado para que no quedara flotando ningún cachito.

Una bomba bajo el brazo

Miguel urdió un plan en el que yo era pieza clave. La pieza clave, me parece a mí.

Vicente entretendría a Antonio. Miguel forzaría la taquilla del imprudente conjurado, sacaría el paquete, me lo pasaría a mí, ¡a mí!, y yo lo sacaría del cuartel y lo abandonaría en cualquier descampado de la ciudad. Yo era el encargado de pasar la aduana del regimiento, porque a mí jamás me registrarían. Esa era la opinión de Miguel, pero no la mía. ¿Qué privilegio me libraba a mí de un registro? Además, ¿cómo iba yo a sacar el paquete?

En una bolsa, coño.

En una bolsa, coño. Eso sí que está bien. ¿Y por qué no los quemas aquí? protesté.

¿Y dónde voy a hacer yo una hoguera que pase inadvertida? Si te parece, los llevo al cuerpo de guardia y los echo en la chimenea, delante de todo el mundo.

Miguel me lanzó una mirada de ira, que poco a poco se transformó en una súplica. Parecía que el destino se encontraba esta vez en mis manos y no en manos de la Historia.

Los primeros pasos del plan surtieron efecto. Antonio fue engañado. Enseguida me tocó a mí actuar. Era una tarde nublada de abril. Si al menos pudiera vestir el impermeable, para ocultar el paquete. Pero lo habían retirado del uniforme. Cosas del ejército, cuando alguien decide que hace frío o calor, la meteorología se ha de aguantar y obedecer al mando.

El paquete era del tamaño de un archivador de folios, compacto, evidentemente con algo impreso dentro, y envuelto en papel de estraza. Pero no cabía en ninguna bolsa. Había

que sacarlo a pelo como un bulto. Por delante de toda la guardia y de las narices del brigada Floro, que estaba de oficial.

Me lo puse debajo del brazo y me encaminé hacia el zaguán de entrada al cuartel.

Si en lugar de “Mundos Obreros” aquel paquete contuviera goma 2, no habría sufrido yo tanto. En realidad, aquel mazo de periódicos comunistas eran una verdadera bomba. Esta absurda asociación de ideas fue lo que me tranquilizó.

¡Cómo puede ser esto una bomba! ¡Qué hay de peligroso en un montón de periódicos que critican crudamente a un gobierno! ¡Qué historia es ésta del peligro comunista! Todos somos seres vulgares, seres humanos indefensos frente al caos de la vida. ¿Por qué estos tarugos franquistas no le dan a la oposición lo que pide, para que todos podamos vivir en paz? ¿Qué es lo que teme el Régimen?, ¿que sigan pidiendo? ¿Qué más pueden pedir?

En estos tratos conmigo mismo estaba cuando sentí algo a mi espalda, algo que venía desde los arcos de la parte norte del patio. No

quise mirar. Pasé al lado del calabozo y me dirigí como una bala al zaguán.

Pero mi cabeza no obedeció la orden tajante de mi conciencia y se volvió. Yo sé lo que es helársele a uno la sangre. Lo juro. No era algo, era alguien, e intentaba darme alcance, con los ojos clavados en el paquete que apretaba yo contra un costado.

Antonio se había dado cuenta de que le habían descerrajado la taquilla. No sé cómo, había dado conmigo. Vaya usted a saber lo que pensaba en esos instantes, que iba yo a entregar los “Mundos Obreros” al oficial de guardia, que los había robado por el gusto de leerlos, que los iba a vender en una almoneda. En su rostro, me pareció, había más perplejidad que pánico.

Pero mis piernas estaban dotadas de una inercia tan fuerte, que continuaron caminando hacia la salida.

Me dio tiempo a ver, mientras atravesaba el umbral del portalón, que Miguel cogía del brazo a Antonio y le detenía.

Entonces hice algo raro. Me dirigí al parque que se extendía ante la fachada del

cuartel, y me senté en un banco. A veces, en las tardes soleadas de invierno solía hacerlo, cuando no tenía tiempo para vagar por la ciudad. Me equipaba con los instrumentos necesarios para elaborar mis quinielas, los desparramaba sobre uno de los bancos de piedra, me colocaba de espaldas al edificio y me ponía a trabajar.

Esa vez me instalé de cara al cuartel. Quería saber qué pasaba con Antonio. ¿Saldría corriendo detrás de mí y organizaría un escándalo? En ese caso, ¿por qué me paraba yo en lugar de desaparecer tras una esquina? A lo peor estaba yo provocando inconscientemente al azar o al materialismo histórico.

Antonio, Miguel y Vicente, la Santísima Trinidad de los Conjurados, se aproximaron hasta la puerta del regimiento. Clavados en el umbral como tres mástiles, se quedaron mirándome un poco desconcertados. Yo encendí un cigarro y empecé a fumar, mirándoles a la cara. Cuando el pitillo estaba a medias, me levanté y me marché, con el ánimo templado, dueño del destino, agente y héroe de la historia.

Angustias. Dolores. Socorro

Durante un rato vagué por los límites de la ciudad, me encaminé por la ronda, una vía ancha recién pavimentada, más allá de la cual los especuladores urbanos se preparaban a satisfacer sus groseros apetitos. En todas partes había solares, algunos vallados, otros sin cercar.

Una de las cosas que podía hacer era lanzar el paquete por encima de las tapias de ladrillo y largarme. Pero no paraban de pasar personas y vehículos. No quería correr el menor riesgo. Si alguien me observaba e iba a buscar el paquete, no tardaría en saberse en el cuartel que un soldado había arrojado un montón de “Mundos Obreros” detrás de una cerca.

Al cabo de un rato me encontraba perdido, exhausto por la ansiedad. Descubrí que me había metido en el centro de la ciudad. Mis pasos me llevaron al “España”, pero unos metros antes de llegar reaccioné y di media vuelta. Si entraba allí, sería incapaz de salir con las ideas en orden, me pondría a beber mezclas explosivas y acabaría medio borracho.

Un puñal se clavó en mis intestinos. La

úlceras se habían vuelto a abrir en el momento menos oportuno, y sin provocarla con la más pequeña gota de alcohol. El agente provocador había sido, literalmente, el comunismo. Puse una mano en la barriga y me encogí. Era un dolor salvaje. Pero debía sobreponerme a él, debía sobreponerme a todo. Por primera vez en mi vida me sentí un héroe social. Hasta entonces sólo había realizado hechos extraordinarios en mi propio beneficio, defendiéndome de mi padre y atacando en las direcciones que convenían a mis intereses privados. Ahora yo era el protagonista de una leyenda épica.

Me erguí y eché a andar con la firme decisión de desembarazarme del paquete a la primera oportunidad.

Al doblar la esquina casi me di de bruces con Socorro. Me saludó y, tan mala cara me debió ver, que a continuación me preguntó si me pasaba algo. Le dije parte de la verdad.

La úlcera, que está resucitando.

Vamos a una farmacia indicó sin dejarme margen de apelación.

Había una dos calles más allá. Solicité al dependiente el remedio y mientras él entraba a buscarlo en la trastienda, abandoné el paquete en un rincón del mostrador. Volvió el mancebo con el medicamento, lo pagué y salimos Socorro y yo a la calle.

No nos dio tiempo. El diligente farmacéutico me indicó que olvidaba el paquete.

Pensé, Demonios, este hombre habría sido capaz de enviarlo al cuartel; he de buscar otro procedimiento más discreto, absolutamente discreto.

Socorro se portó como una enfermera. Me llevó a un bar y pidió un vaso de leche para que me tomara el remedio.

A ver si te dejas el paquete otra vez bromeó la novia de Honorio.

El paquete, los “Mundos Obreros” se habían convertido en un apéndice mío. Necesitaría una operación quirúrgica para desembarazarme de él.

¿Dónde vas con eso? me preguntó después de asegurarse de que me encontraba mejor.

A Correos.

Fue lo primero que se me ocurrió. ¡Y era una idea brillante! Escribiría una dirección inventada de... Valencia, por ejemplo, pondría otro remite falso de la ciudad de envío, y acabaría de un golpe genial con mis preocupaciones.

¿Cómo está Honorio? dije fingiendo una normalidad irreal.

Muy bien. Ha encontrado trabajo en Puig Codina, de Tarrasa contestó Socorro con orgullo.

Sostenía mi mirada. Quería averiguar algo, quizá mi pensamiento sobre ella. Pero yo tenía otra obsesión, y además no quería pasar por ese camino, preguntarle cuándo se iba ella a Badalona y cuándo se casaban, porque no quería que se casaran. Había algo en el interior de Socorro que cualquier persona habría visto, salvo Honorio. Un pronóstico turbio. Era imposible que aquel matrimonio prosperara. Aquella mujer estaba cargada de una sensualidad perversa, de una ambición oscura, de una naturaleza semi salvaje que un hombre como Honorio a duras penas podría satisfacer.

Quiero a Honorio con locura, tanto como él a mí. He cometido un error, le he hecho daño. Yo no quería volver con él... Hizo una pausa. Apartó sus ojos azules de mí . Él me ha redimido. Pronunció esta palabra como lo haría un predicador desde un púlpito . Todavía me siento una desgraciada, una infame. Pero le quiero. Y él me quiere, me necesita.

Al final de sus palabras, volvió a mirarme. Hablaba con convicción, con un eco de dolor, con una súplica de afecto, de socorro. Socorro sufría angustias. Socorro tenía dolores. Socorro pedía socorro. Qué nombres tan tremendos tienen algunas mujeres españolas.

Seré una buena madre de sus hijos concluyó.

No lo dudé ni un instante.

Después de desviar el tono de la conversación por caminos más trillados, salimos del bar y nos despedimos.

¡Te has vuelto a dejar el paquete, hombre!

Esta vez no lo había hecho a propósito.

De nuevo me encontré en medio de la calle con la bomba bajo el brazo. Pero ahora tenía una idea.

Me dirigí a Correos a toda la velocidad que me permitía mi malestar gástrico, que era lenta. ¡Maldición y condenación! Lo encontré cerrado. Se me había hecho tarde.

La fortuna, la historia, la sociedad, todo se volvía contra mí aquel ocaso primaveral.

Mi conciencia se abotargó de pronto. Supongo que era una reacción natural para protegerme de la desesperación. Deambulé sin rumbo, atado a mi paquete, como llevado por él, orientado por una brújula oculta entre la propaganda subversiva.

No prestaba atención a nada ni a nadie. Por eso es sorprendente que al pasar delante de una mercería centenaria enfocara mis ojos en la única dirección en la que podía ver al cabo primero pelirrojo en compañía de Chicharro, ambos en ropa civil. Estaban a unos cincuenta metros, de pie junto a un vehículo aparcado.

No quería encontrarme con ellos, y me volví hacia el escaparate de la mercería. Curiosa estampa, un soldado observando bordados, hilos, agujas y dedales. De reojo vi cómo el cabo primero introducía medio cuerpo en el coche aparcado junto a él y sacaba una bolsa. Luego, ambos cruzaron la acera y entraron en un portal.

Era tarde, muy pocas personas pasaban por la calle. Ninguna, durante breves segundos.

Me encaminé hacia allí con una idea fija.

Al llegar a la altura del vehículo me volví hacia el portal. Dentro no había nadie. Me detuve. Giré sobre mis talones, escrutando en todas direcciones, mirando a las fachadas. Nadie. ¡Nadie! Estaba solo.

Con un simple movimiento limpiamente ejecutado, con seguridad, con maestría, arrojé el paquete en el interior del vehículo por la ventanilla abierta.

En él quedaron los “Mundos Obreros”. Que el pelirrojo se volviera loco al descubrirlos. Que la historia descargara sobre él todo su peso. Que el azar le castigara.

Sigilosamente, me alejé de allí y, al volver una esquina, escapé a toda prisa y volví al cuartel libre y ligero. Y además, decidido a aprovechar la inesperada resurrección de un mal que me acabaría alejando de las obligaciones con la patria. Me había sentido angustiado, me habían asaltado dolores, había encontrado socorro.

Úlcera sangrante

Al entrar en el comedor para la cena, se me aproximó Antonio. Tenía una expresión chocante, sonreía. Una sonrisa de bestia acorralada, pensé, de demente. Se inclinó sobre mí, y por un segundo creí que iba a mordirme.

¿Qué has hecho con el paquete?
susurró en mi oreja

Me había sorprendido, casi asustado, porque en aquellos momentos me había olvidado por completo de la dura peripecia, y estaba centrado en mi úlcera, en mis intestinos. Había decidido cenar por todo lo alto para terminar de desgarrar la vieja herida.

Miguel se interpuso entre los dos y murmuró,

Tranquilos. Ya hablaremos de eso.

Antonio se retiró con gesto de enfado.

Durante la colación me sentí observado por tres pares de ojos. Pero lo que discurrieran los conjurados me importaba ahora un rábano. Tenía al alcance de la mano mi liberación. Y lo iba a conseguir. La lucha de clases, la huelga general, el Ferrol, el Caudillo, las mismas quinielas se me daban un pimiento, todo un campo de hortalizas. En pocas horas estaría rabiando de dolor, y tenía que prepararme.

Efectivamente, de madrugada me trasladaron a la enfermería. Llamaron a su casa al mismísimo cabo pelirrojo, el enfermero, para no molestar al teniente médico.

Yo me revolcaba, herido en lo más hondo, herido de verdad, físicamente.

Poco después de la diana, entró una ambulancia en el cuartel y me llevó al hospital provincial.

Me pusieron a régimen, me medicaron. Pero yo, determinado a escapar de las garras de la patria, ingerí aspirinas que robaba a otros

enfermos. A los conjurados, que vinieron a verme, les revelé mi plan, les pedí que me trajeran brandy en un frasco de colonia. Se quedaron horrorizados. No creían capaz a un ser humano de castigarse de tal modo para obtener un beneficio tan aleatorio. Yo les preguntaba,

¿Vosotros no estáis dispuestos a dar vuestra vida por el pueblo?

No contestaron, escudándose en que me había vuelto loco.

Les conté lo que había hecho con el paquete. Miguel y Vicente se troncharon de risa. Antonio, menos. Tenían razón para cachondearse.

En el paquete no había nada subversivo dijo . Eran revistas y libros cubanos, que me habían dado en la embajada, en Madrid. Se los había traído a Menganito, el librero. No eran nada ilegal. Cuba es el único país comunista reconocido por el Régimen.

Era verdad. Entre los progres españoles de la época, Cuba era un verdadero consuelo. De la embajada cubana en España salían todo tipo de publicaciones, incluido el diario “Gramma”,

órgano del Partido Comunista de Cuba, que tenía una hoz y un martillo en la mancheta. Al parecer, el Régimen franquista, sentía una debilidad especial por la ex colonia española. Unos dicen que por el único atisbo sentimental de Franco, que tenía no sé cuales relaciones familiares con la isla caribeña. Otros, que por orgullo; el ejército español podía haber vendido el suelo de sus bases aéreas al imperialismo yanqui, en Torrejón, Zaragoza y Rota, pero no perdonaba la guerra de 1898. El caso es que la subversión que llegaba de Cuba no era tan subversiva.

Me pregunté yo si había valido la pena aquel frenesí. Había sido todo un ridículo cúmulo de equívocos. Antonio no había padecido ninguna chifladura, el envoltorio no contenía “Mundos Obreros”. Y sin embargo habíamos actuado como si fuera lo contrario, como si las cosas, la realidad fuera así de grotesca. Quizá sí lo era.

El auténtico esperpento había sido yo mismo, sujetando bajo el brazo una falsa bomba, sufriendo un calvario por las calles de una ciudad gris. Una tarde de carnaval habría

sido menos caricaturesca.

Los conjurados sostenían que sí, que había valido la pena. El mismo Antonio era de esta opinión, rotundamente, a pesar de haber perdido un material valioso. Al principio no entendí esta unanimidad. Parecían todos entusiasmados. Cuando me dejaron solo se me ocurrió una explicación, quizá la vanguardia del pueblo creía haber ganado para su causa a un pequeño burgués.

En algo así soñé en medio de mis dolores intestinales. Yo era una especie de Pimpinela Escarlata salvando a nobles del patíbulo, batiéndome con la chusma revolucionaria y con las hordas de militares golpistas, bestias infernales que me acosaban con unas lanzas que en realidad eran “Mundos Obreros”, unos periódicos que jamás había visto y que yo representaba en mi sueño como unos extraños perros que ladraban insultos contra la patria y rugían a coro que ellos eran la realización del materialismo dialéctico. Antonio, Miguel y Vicente, con traje de torero y en mitad de un ruedo, en una plaza vacía que podía ser la de Las Ventas de Madrid, brindaban al público

ausente la muerte de un toro, un animal con el que me identificaba yo mismo, pero que también tenía parte de Honorio. Los matadores gritaban “¡Valió la pena! ¡Valió la pena!”

Una semana después de la cadena de equívocos me trasladaron al hospital Gómez Ulla de Madrid. La conclusión feliz de los exámenes médicos es que yo era inútil. Me rebajaron del servicio. En menos de un mes estaba en la calle, en mi casa, con mi mujer y mi hijo. Había vencido. Había logrado la culminación de mis planes. Me había impuesto al destino. Mi vida volvería a ser lo que era. Para el ejército yo era un inútil.

Endemoniados

Lo que cada uno es, la naturaleza de las personas, varía poco a lo largo de la vida. Más bien se adapta a los avatares con que la existencia nos obsequia.

No podría yo decir que la mili me cambió. Me afectó. A todos nos afectó la comedia que se representó en la selva política y en la dehesa social de la España de los años 70.

El escenario era una selva política: La

Junta Democrática, la Plataforma también Democrática, el Partido Comunista no menos democrático y todas sus escisiones central-democráticas, la Unión de Militares Democráticos, las Cortes vertical-democráticas, los Sindicatos asimismo vertical-democráticos, los otros sindicatos, las Comisiones Obreras auténticamente democráticas, etc.

Al fondo, junto al decorado, como figurantes con lanzas de madera, el pueblo español, que observaba en silencio, y actuaba lo mínimo. Yo, que me creía espectador de otro teatro, un ser por encima de todo, no era sino uno más de aquella multitud perpleja, un tipo del pueblo, aunque entonces me habría horrorizado identificarme con él.

Yo vivía entre la biografía y la historia, entre el azar y la necesidad. La historia que interviene en la vida de las personas. Bueno, en realidad yo nunca lo había puesto en duda. Me había resistido, nada más, a convertirme en un engranaje, en una pieza de recambio, en un lastre del que la historia puede desembarazarse en cuanto no le interesara.

No obstante, estas impresiones son fruto de casi tres décadas.

Nada más volver a mi casa, con mi mujer y mi hijo, cayó sobre mi memoria militar un telón pesadísimo, una malla de acero que sepultó aquellos meses de servicio a la patria.

Ha sido una circunstancia casual la que me ha hecho recordar todo eso, la que ha levantado poco a poco ese telón para que mi conciencia pudiera contemplar las ruinas desoladas de mi memoria castrense, cual Itálica famosa.

Año y medio después de devolver el uniforme militar tropecé con uno de los conjurados, con Vicente. Me lo encontré en Madrid una noche en el cine. Coincidió con el primer arrechucho de la tromboflebitis de Franco, por eso me acuerdo. Vicente se había casado con una arqueóloga de Salamanca, y trabajaba en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Creo que se estaba preparando para ir a los Estados Unidos. Después de este encuentro fue cuando cayó el telón del olvido.

Me informó Vicente de algunos detalles divertidos que a continuación transcribo como epílogo de esta historia cierta.

Los conjurados acabaron la mili sanos y salvos, con los ligeros rasguños de pequeñas calamidades. Por ejemplo, Vicente se salvó por los pelos de un terrible daño una tarde de guardia en el polvorín del regimiento.

El polvorín era una casamata situada al fondo del recinto, lejos de los edificios habitados, y protegida de la tapia exterior por un talud. Todo ello para evitar mayores desgracias en el caso de un accidente. No contenía gran cosa, pero sí lo suficiente como para hacer saltar por los aires un pequeño barrio.

El puesto de guardia del polvorín era un alivio. Salvo las visitas ocasionales de las rondas, uno pasaba dos horas de paz absoluta. Estar de servicio allí era distanciarse de la rutina, de la mezquindad. Era un verdadero ejercicio de ensimismamiento, de concentración. Vicente era un experto yogui, cosa extravagante en la época, y más en un rojo. Al principio de la

primavera, de puesto en el polvorín, una patrulla al mando de Chicharro le había sorprendido en un estado incomprensible para aquel patán en uniforme. Sin embargo, como no estaba dormido, es decir, no tenía los ojos cerrados, Vicente consiguió convencer a Chicharro de que se había puesto repentinamente enfermo y estaba esperando que le relevaran.

Lo más grave, sin embargo, le ocurrió una tarde de mayo, en el mismo puesto de guardia. El brigada Floro le pilló en una gravísima falta. Subrepticamente se había acercado el astuto suboficial, ocultándose tras el talud, hasta una esquina de la casamata. Cuando Vicente se quiso dar cuenta, el brigada Floro estaba a su lado, exactamente detrás de su hombro izquierdo, echando una ojeada al libro que el soldado leía, haciendo caso omiso de todas las normas del sentido común, de las exigencias de la vigilancia y de las obligaciones de todo soldado en un puesto de guardia.

Floro rodeó el cuerpo de Vicente, se situó frente a él, le quitó el libro de las manos, lo cerró sin mirarlo y dijo secamente,

Mañana, al salir de la guardia se presenta usted en mi despacho.

La falta de Vicente era mucho peor que la mía. A él sí que le hubieran podido formar un consejo de guerra, de haber querido hundirle en la miseria.

Nada más cambiar la guardia, al día siguiente, Vicente se encaminó a la batería de Floro. Se había apoderado del joven conjurado un hondo fatalismo. En circunstancias de absoluta privación de libertad, como eran las del soldado español en los años 70, el fatalismo venía a ser más un consuelo que una aflicción. Luchar contra el curso de las cosas era como querer abrir un agujero a puñetazos en una muralla de piedra.

Vicente entró en la ordenada covacha del brigada dispuesto a lo peor. Aquel hombre tan celoso del reglamento podía disponer de él como de un papel, podía escribir en él, romperle, arrugarle, tirarlo a la basura.

Venga usted después de comer, ahora estoy ocupado dijo Floro levantando un instante los ojos de la libreta en la que apuntaba algo.

A sus órdenes, mi brigada.

En aquel momento Floro estaba acompañado del furriel. Cuando Vicente volvió, a la hora citada, el brigada estaba solo.

Tenía encima de la mesa el libro que había incautado al conjurado. Era “Los Endemoniados”, de Fedor Dostoyevski, una edición en rústica de 1971 de la finada editorial Bruguera.

Vicente recordaba con precisión el pasaje en el que había sido sorprendido.

Eran las palabras de Chatoff, uno de los contertulios de un cenáculo progresista, que lanza un reproche a su viejo maestro Stefan Trofimovitch, un intelectual mediocre. Decían así: “ No sólo usted no conoce al pueblo, sino que siente el más abominable desprecio por él, porque el pueblo es para usted únicamente el pueblo francés e incluso sólo los parisienses, y usted está avergonzado de que el pueblo ruso no se parezca a ellos. Esa es la única verdad.”

El brigada Floro, que estaba sentado

detrás de un pupitre de estilo y dimensiones escolares, tomó el libro en sus manos.

He empezado a leerlo. Me gusta. Se lo tendió a Vicente. Cuando lo acabe, ¿me lo querría prestar?

Vicente no se atrevía a moverse. Pero al final estiró el brazo y lo cogió. En los ojos de Floro no había la más mínima animadversión. En verdad no había nada. Era como si nada hubiera pasado.

No vuelva usted a distraerse con un libro en un puesto de guardia. Si quiere leer, hágalo en su tiempo libre.

Sí, mi brigada. Gracias, mi brigada.

Retírese.

Vicente se cuadró y se dio media vuelta. Pero se detuvo en el umbral del cuchitril. Regresó hacia Floro y le dijo tendiéndole el volumen,

Si le ha gustado el libro y quiere usted leerlo, lo puede hacer ahora. Yo creo que no podré abrirlo hasta dentro de un tiempo.

Gracias. Se lo devolveré.

Para Vicente la conducta de Floro no tenía explicación racional. Yo creo que sí, que previó lo que podía pasarle a aquel chico si daba curso al expediente, y se apiadó de él. Prefirió escuchar la voz de Floro el ser humano antes que a Floro el militar.

El brigada Floro conoció a Dostoyevski a sus cincuenta y pico años. Incapaz de leer una crónica deportiva o un artículo de opinión en un diario, se leyó de un tirón una de las mejores novelas rusas del siglo XIX. No sé, quizá luego se compró “Guerra y Paz”, o “Las Almas Muertas”. Es evidente que Floro jamás fue de la U.M.D. Pero es el militar más democrático que yo haya conocido.

La última paradoja que me comentó Vicente fue en verdad chusca. Pocos días después de salir yo del cuartel, apareció el cabo primera pelirrojo con unas cuantas revistas cubanas. Las dejó en la enfermería, al alcance de cualquiera que quisiese leerlas, como en la consulta de un médico.

El comunismo cubano, bueno, su vertiente cultural, se coló de rondón en el

Regimiento de Artillería de Información y Localización de R., y a nadie pareció importarle un ardite. De hecho, me dijo Vicente, en la portada de una de las revistas aparecía escrito en letras de molde “Patria o Muerte”. Este lema causó una estupenda impresión en algunos oficiales, que ni siquiera se molestaron en abrir la revista. Debieron de considerarla la legítima representación de las mejores costumbres españolas y castrenses.

Triunfa lo doméstico

Para acabar, quiero que conozca el lector, el casual incidente que ha levantado el telón de mi memoria militar.

Hace poco, me encontré en Barcelona con el mismísimo Honorio. Nos reconocimos los dos, sí señor. A la primera. Fue en una conferencia sobre Derechos Humanos.

Honorio es un alto cargo de la *Generalitat de Catalunya*. Estaba allí en representación de no sé qué *conseller*, hablándonos en catalán y en castellano. Al terminar el acto, me acerqué a él. Nos abrazamos emocionados.

Esta noche te vienes a cenar a casa. No

te dejo ninguna opción me dijo.

Vive en Tiana, un pueblecito escondido tras un monte, próximo a Badalona, donde residen buenos burgueses. La casa de Honorio es un viejo chalet modernista con jardín de sauces frondosos, hiedra en los muros y fuentequilla de mármol. Me abrió la puerta la chacha, una chica de Ecuador.

Honorio me presentó a su familia. Tiene dos hijos y una hija. El mayor, *l'hereu*, de veintitrés años, los que tenía él al empezar la mili.

Saps qui és aquest senyor, Pere?
preguntó retóricamente al chaval . *Un company de l'exèrcit. D'abans, quan era obligatori fer la mili.*

Al chico no pareció causarle ninguna impresión el hecho. Yo sí me quedé de piedra al ver aparecer ante mis ojos a la mismísima Socorro. Estaba exactamente igual que en 1972. Sin habla me quedé.

¿A que se parece a Socorro? me auxilió Honorio al verme tan confuso.

Era la hija mayor.

La verdadera y original Socorro apareció después. Venía de Barcelona, de las clases vespertinas de un máster en *Indústria Farmacèutica i Parafarmacèutica*. Había hecho Biológicas en los 70 y trabajaba en un laboratorio. Nos cruzamos dos afectuosos besos, y no advertí en los suyos ninguna brusquedad, ninguna frustración, ningún mar de fondo. Estaba más ancha y algo ajada, pero seguía siendo bella, más incluso que antes. Había, sin embargo, en su apariencia algo que contradecía el paso de los años.

Me hice la cirugía estética en la nariz.

¿Había conseguido Honorio su propósito? Parecía tenerlo todo, la felicidad íntima, la estabilidad familiar, el éxito profesional. El triunfo de lo doméstico.

Dicho así, suena a anuncio de televisión, a reportaje de Navidad. Por si acaso, no quise averiguar más allá de la evidencia.

Tanto él como Socorro hablaban en castellano con un marcado acento catalán, el idioma que utilizaban con los hijos, aunque no

entre ellos.

Nos estábamos dando un auténtico baño de nostalgia. Al final, yo le pregunté, mientras saboreaba una copa de brandy del Penedés,

¿A que no sabéis de dónde sacó Chicharro aquella defensa de los valores patrios

Extraje un libro desencuadernado del bolsillo, lo abrí y leí: “Desestimando los españoles lo mucho bueno que encierra su patria, sólo dan estima a raterías extranjeras”.

Honorio no recordaba el incidente, y al recuperarlo del olvido nos envolvió a los tres una racha de viento frío procedente de la estepa.

Es de una novela picaresca, el “Estebanillo González”. No creo que la leyera, seguramente vería la frase en un periódico o folleto de propaganda nacionalista al pronunciar esta palabra caí en la cuenta de que podía ser ambigua en Cataluña, pero preferí olvidarlo . He encontrado el libro por pura casualidad esta tarde en una librería de viejo. Lo he abierto al azar, y me he dado de bruces con la cita. ¿Te acuerdas? El azar y la necesidad.

Epílogo

Hoy, casi treinta años después, las raterías extranjeras se infiltran en España con colores de plástico por las venas cibernéticas, la lucha de clases pide limosna con acento eslavo en la Gran Vía, proletarios negros y magrebíes desembarcan subrepticamente en las playas mediterráneas, y el ejército español está supeditado a un mando operativo de la OTAN con base en Italia.

El Regimiento de Artillería de Información y Localización de R. ya no existe. El Estado Mayor lo suprimió, cerraron el cuartel. Ignoro si sacrificaron a los cerdos o los llevaron a otra parte.

La historia y el azar se lo han cobrado fuerte.